



MERCOSUR

ACERCA DE CUATRO FALACIAS

por **ROBERTO BOUZAS**

Una agenda práctica de medidas como el auténtico motor de la integración regional.

UNA NUEVA OPORTUNIDAD

por **SANDRA POLÓNIA RIOS**

Importancia de la agenda externa y el crecimiento local.

EL MOMENTO PARA UNA

VERDADERA INTEGRACIÓN

por **ALVARO PADRÓN CARRAU**

Una reflexión sobre la nueva etapa del Mercosur.

TESTIMONIO:

EL MERCOSUR DESPUÉS DE 2002

Propuesta del embajador de Brasil en la Argentina,

JOSÉ BOTAFOGO GONÇALVES

ante el Grupo de Reflexión

Prospectiva sobre el Mercosur.

OPINION



Vida suburbana y deporte: dos momentos del "estilo country"

por **ANAHI BALLENT**

El fenómeno de los countrys desde los años treinta hasta la actualidad.

EDUCACIÓN



Una nueva cartografía de sentidos para la escuela

por **GUILLERMINA TIRAMONTI**

Diversidad de propuestas educativas en la Argentina actual.

DANZA

Bienal de Lyon: un homenaje a latinoamérica | por **LAURA FALCOFF**
Deslumbrante muestra de coreógrafos latinos en Francia.

LITERATURA

Ficciones al Sur | por **PABLO CAPANNA**
El género de la ciencia ficción en la Argentina.

CINE

El secuestrador | por **HORACIO BERNADES**
Un documental brasileño sobre un episodio de violencia urbana.

ARTES PLÁSTICAS

Carlos Alonso: la pintura y la política | por **LAURA MALOSETTI COSTA**
El mural de un artista fundamental en la última edición de ArteBA.

MUSICA

Murga Joven en Montevideo | por **GUILHERME DE ALENCAR PINTO**
Un proyecto de formación y trabajo musical que crece año a año.

HUMOR

La búsqueda de la libertad | por **REP**
Los límites de la historieta.



CARLOS ALONSO
Viajeros al Primer Mundo
Pastel al óleo, 100 x 150 cm, 1996

ACERCA DE CUATRO FALACIAS

En los últimos meses el Mercosur parece haber encontrado un renovado impulso político y mejores condiciones para superar la parálisis en que se hallaba. Sin embargo, no habrá una efectiva integración regional si sus miembros se limitan a enunciar metas ideales sin elaborar una agenda práctica. No es momento de aspiraciones heroicas sino de logros puntuales.

por **ROBERTO BOUZAS** profesor de la Universidad de San Andrés. Director académico de la Maestría en Relaciones y Negociaciones Internacionales (Flacso-Universidad de San Andrés-Universidad de Barcelona)

En un artículo publicado hace algo más de un año en el primer número de *TodaVía* decíamos que la principal restricción que enfrentaba el Mercosur era la ausencia de un proyecto común que diera racionalidad y justificara la inversión de recursos económicos y políticos en el proceso de integración regional. También sosteníamos que la identificación y construcción de ese proyecto común era una tarea de la política que requería compromiso y liderazgo. En los últimos años ambos atributos han estado ausentes en el Mercosur, y especialmente en sus dos mayores socios. Por un lado, el compromiso de los gobiernos ha sido ambiguo y en ocasiones inexistente. Por otro, el déficit de liderazgo afectó tanto lo instrumental como lo ideológico.

La reconstrucción de ambos requisitos en torno a un proyecto compartido no garantiza que los dilemas que enfrenta el Mercosur vayan a resolverse. En efecto, el proceso de integración regional enfrenta el desafío de vincular más estrechamente economías en desarrollo muy vulnerables, de tamaños desiguales y con una tradición de alta inestabilidad macroeconómica. Esto constituye en sí mismo un gran esfuerzo, y nada garantiza el éxito. Pero no hay duda de que resultará imposible avanzar en esa dirección si no se identifican objetivos comunes y complementarios y si no se consolida tanto el compromiso como el liderazgo.

Un año más tarde, y después de los cambios de gobierno en la Argentina y en Brasil, las condiciones para la concreción de estos requisitos parecen más favorables que en el pasado. En efecto, tanto el gobierno de Luiz Inácio Da Silva en Brasil como el de Néstor Kirchner en la Argentina han expresado que el Mercosur constituye un proyecto estratégico para cada uno de sus gobiernos y uno de los ejes principales para la inserción internacional de sus países. En la última cumbre presidencial realizada en Asunción en junio de 2003 ambos mandatarios reiteraron esta visión y acordaron una reunión extraordinaria de presidentes en el mes de octubre. Esta manifestación de voluntad satisface la primera condición y abre la puerta para el desafío más difícil: diseñar una agenda práctica que saque al proceso de integración de la parálisis en que se encuentra. Para hacerlo es importante evitar cuatro falacias habituales sobre el Mercosur. Su uso extendido distorsiona el debate y, sobre todo, oculta las preguntas fundamentales. Son éstas las que deben responderse si se trata de revitalizar el proceso de integración regional.

Falacia 1

El Mercosur es una unión aduanera "imperfecta"

El concepto de unión aduanera "imperfecta" supone que existe una versión "perfecta". Pero ¿qué es una unión aduanera "perfecta"? Es fácil construir un tipo ideal, lo que no es tan sencillo es que el resultado tenga algún sentido práctico. En efecto, ¿era la Comunidad Económica Europea una unión aduanera "perfecta" en 1967, cuando terminó de implementar el arancel externo común? ¿Lo era en 1986, cuando adoptó el Acta del Mercado Único?

La idea de una unión aduanera "imperfecta" carece de utilidad práctica. Lo que importa para calificar un proceso de integración como una unión aduanera es determinar en qué medida avanza hacia la creación de un territorio aduanero unificado. Esto implica la adopción de un arancel externo común, un código aduanero común, disciplinas comunes para tratar el comercio "desleal" proveniente de terceros países y la libre circulación de los bienes. Si un proceso de integración se mueve en esa dirección, estará en camino de constituir una unión aduanera, lo cual no excluye las excepciones transitorias, los casos especiales o los cronogramas de convergencia. Del mismo modo que nadie dudaría de que la Argentina es un territorio aduanero unificado a pesar de que existan zonas francas.

Si se observa con cuidado y se analiza cualitativamente la experiencia del Mercosur en los últimos años, será fácil darse cuenta de que está lejos de encaminarse hacia una unión aduanera. El arancel externo común acordado en 1994 se ha perforado cada vez más (en lugar de reducirse, las excepciones se han multiplicado, muchas veces de modo unilateral) y el código aduanero común nunca llegó a implementarse (ni nadie parece demasiado preocupado por ello). Prácticamente no se ha avanzado en materia de disciplinas comunes frente a terceros países y ni se habla de la libre circulación de bienes. Aún más, las negociaciones con terceros países se desarrollan con una

mínima infraestructura de coordinación.

Por consiguiente, llamar al Mercosur una unión aduanera "imperfecta" ayuda poco a entender el estado y la dinámica del proceso de integración. Esto confunde aún más cuando se utiliza el calificativo con la intención de subrayar que, aun cuando el Mercosur no es una unión aduanera plena, "tiene vocación" por una integración más profunda que la implícita en un área de libre comercio. Por algún atributo mágico, las uniones aduaneras (aún las "imperfectas") son concebidas como más "profundas" que las áreas de libre comercio. Basta examinar un poco la realidad para constatar que no es así. En efecto, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) no aspira a ser sino un área de libre comercio (cuyo objetivo es eliminar las barreras al comercio entre los miembros sin implementar una política comercial común), pero no hay duda de que es mucho más "profundo" que el Mercosur.

Por consiguiente, el concepto de unión aduanera "imperfecta" ha servido, en la práctica, para mantener la ficción de que los miembros del Mercosur persiguen una política comercial común, mientras que al mismo tiempo han hecho todo lo posible para alejarse de ese objetivo. Ese concepto también se ha convertido en un atajo para no encarar los verdaderos dilemas políticos o, al menos, para no plantearlos de manera explícita: o se pone el énfasis sobre la construcción de un territorio aduanero unificado para convertirse en una unión aduanera o no se lo hace. La diferencia entre una y otra opción no es el "grado de perfección" de la unión aduanera, sino la brecha entre dos proyectos estratégicamente disímiles.

Falacia 2

El Mercosur no puede avanzar debido a las asimetrías constitucionales

Con frecuencia se sostiene que las asimetrías constitucionales que existen entre los países del Mercosur son un obstáculo insalvable para el progreso del proceso de integración. En efecto, mientras que en Paraguay y la Argentina las constituciones nacionales establecen la supremacía de los tratados internacionales sobre la ley doméstica, en Brasil y Uruguay los efectos de los primeros pueden modificarse como consecuencia de la sanción de leyes nacionales. De acuerdo con esta visión, en tanto no haya una convergencia de principios constitucionales será muy difícil avanzar en el proceso de integración y, especialmente, en el proceso de "agregación de soberanías".

Subrayar un obstáculo de carácter constitucional no puede dejar de sonar intimidatorio: si de lo que se trata es de hacer algo tan fundamental como reformar una norma constitucional, la magnitud política del desafío aparece como inconmensurable. Esta visión, sin embargo, oscurece el problema en lugar de aclararlo. En efecto, existen mecanismos legales y políticos a través de los cuales pueden adoptarse procedimientos que permitan la excepcionalidad de las normas aplicables a un caso particular. En varios países europeos existían conflictos similares entre las constituciones nacionales y el proceso de integración (con contenidos mucho más "supranacionales" que en el caso del Mercosur), que fueron resueltos con una mezcla de ingeniería jurídica y voluntad política.

Los impedimentos constitucionales no pueden ser absolutos, aunque así presentados sirvan para ocultar el verdadero obstáculo, esto es: la falta de voluntad política para encontrar una respuesta adecuada que despeje el camino. El mismo criterio podría aplicarse a otros ámbitos muy debatidos, como el relativo a las dificultades de internalización de la normativa aprobada por los órganos del Mercosur. En este campo se ha sugerido que la adopción de un mecanismo similar al de la "vía rápida" (utilizado por el Congreso norteamericano para autorizar al Ejecutivo a negociar acuerdos internacionales) podría facilitar la tarea de internalización cuando se requiere un acto legislativo nacional.

Falacia 3

La parálisis del Mercosur es un resultado de la crisis económica

Desde la devaluación del real en 1999, la crisis macroeconómica que azota a la región se convirtió en el principal factor explicativo de la descomposición por la que ha atravesado el proceso de integración regional. No hay duda de que éste se vio afectado por las turbulencias macroeconómicas que afectan a los países de la región desde la crisis del este de Asia. El estancamiento o la recesión, las crecientes dificultades de financiamiento externo y, más recientemente, las bruscas devaluaciones nominales de las monedas nacionales han creado un contexto poco favorable para la apertura y el comercio. Naturalmente, el proceso de integración ha sufrido como consecuencia de estos desarrollos negativos.

Sin embargo, confundir estos impactos adversos con las causas del estado actual del Mercosur es equivocar el diagnóstico. El proceso de integración ya revelaba signos importantes de estancamiento regulatorio desde mediados de la década de los noventa, cuando la brecha entre las decisiones adoptadas por los órganos regionales y su implementación comenzó a hacerse cada vez mayor. Y esto ocurrió -contradiendo a quienes atribuyen el estado actual del Mercosur a la crisis macroeconómica- en un período en el que las economías aún crecían rápidamente y había un grado significativo de convergencia *de facto* en las políticas macroeconómicas.

Cuando se deposita la responsabilidad por la crisis actual en el terreno macroeconómico se recomienda, como consecuencia lógica, la coordinación de las políticas macroeconómicas. Esto, sin embargo, conlleva una exigencia aún mayor que la de establecer una unión aduanera o un área de libre comercio. Como decía Albert Hirschmann, en América Latina cada vez que se constata que un objetivo de política es inalcanzable, se sustituye la frustración

que ello produce con un objetivo aún más ambicioso. De esta manera, se salta de utopía en utopía sin construir bases sólidas sobre las cuales edificar los cimientos de políticas incrementales.

Falacia 4 **El Mercosur "comercial" debe dar paso al Mercosur "político"**

No hay duda de que el Mercosur, como proyecto de integración entre países en desarrollo, es un proceso conducido y administrado por la política. En este sentido, la identificación de intereses compartidos y su construcción mediante los actores políticos no tiene sustituto posible. Son este compromiso y liderazgo políticos los que aportarán el sentido estratégico del proceso de integración. Sin embargo, hay que dotar a este sentido estratégico de una agenda práctica. Quienes consideran posible construir un proceso de integración económica a partir de la convergencia en materia de política exterior no han analizado adecuadamente la experiencia internacional.

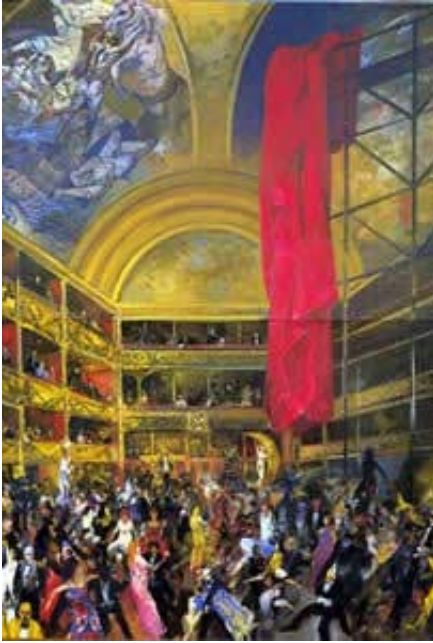
En efecto, como lo demuestra la experiencia europea, después de casi cinco décadas de integración, los Estados nacionales aún muestran diferencias sustanciales en sus prioridades de política exterior, que están vinculadas a la historia, la ideología y la búsqueda del poder. Como puso de manifiesto el conflicto de Irak, que dividió profundamente a los miembros de la Unión Europea, las coincidencias en materia de política exterior son muy difíciles de alcanzar por cuanto las historias, las prioridades estratégicas y las ideologías divergen aún entre vecinos próximos. Después de la crisis europea de los últimos meses, lo que ha quedado en pie, aunque parezca prosaico, es el mercado interior y la moneda única para los países que la han adoptado. Lo que podría denominarse la "agenda tecnocrática" de la Unión Europea constituye la argamasa que une intereses diversos y no necesariamente coincidentes.

En el Mercosur deberíamos aprender de esta experiencia. La integración económica, cuando es exitosa, genera incentivos e intereses para mantener el vínculo asociativo. Nadie en la Unión Europea pensaría que debido a las diferencias estratégicas y de política exterior que separan a sus miembros, cada uno de ellos estaría mejor aislado. Es más, si algún gobierno aislacionista lo pensara, probablemente sería rápidamente llamado a la cordura por los intereses que se han gestado a lo largo del proceso de integración económica. Es evidente que entre la experiencia europea y la del Mercosur hay tantas similitudes como diferencias, pero la integración económica es una tarea incremental que, aunque parezca "tecnocrática", no tiene sustituto.

¿Hacia dónde va el Mercosur?

Esta pregunta no tiene una respuesta de antemano. Las cuatro falacias mencionadas tienen como objetivo llamar la atención sobre la necesidad de una agenda práctica y enfocada. El restablecimiento de la prioridad política para el Mercosur es condición necesaria para que el proceso de integración retome su dinamismo. Pero para que ese impulso sea efectivo se requieren decisiones puntuales sobre temas prosaicos: ¿cómo asegurar que las principales restricciones no arancelarias al comercio se remuevan en un plazo breve?, ¿cómo tratar las asimetrías de política que distorsionan la competencia?, ¿qué calendario debe adoptarse para implementar el arancel externo común?, ¿cómo debe reestructurarse para hacerlo más aceptable a todas las partes?, ¿qué innovaciones institucionales puntuales deben realizarse para mejorar la efectividad del proceso de creación e implementación de reglas?, ¿de qué manera es posible organizarse más eficazmente para negociar con terceros países?

Estas preguntas tienen poco de heroico. No hablan de grandes coincidencias estratégicas, ni de moneda común, ni de elecciones directas de parlamentarios ni de reformas constitucionales. Son temas aburridos pero esenciales para darle contenido al proceso de integración. El compromiso político renovado que han expresado los nuevos gobiernos en la Argentina y Brasil es bienvenido como el telón de fondo para una agenda práctica. Pero sin ésta es difícil que el Mercosur se aleje de la parálisis en que se ha sumido en los últimos años. •



CARLOS ALONSO
Baile en el viejo Teatro
Óleo sobre madera,
200 x 150 cm, 1993

UNA NUEVA OPORTUNIDAD

Los dilemas más acuciantes que deberá resolver en esta etapa el proceso de integración subregional son la expansión de las exportaciones, la generación de empleos y la unión aduanera. El objetivo, hoy por hoy, es doble: fortalecer la agenda externa del bloque y promover el crecimiento sustentable de los países miembros.

por **SANDRA POLÓNIA RIOS** economista, coordinadora de la Unidad de Integración Internacional de la Confederação Nacional da Indústria do Brasil (1)

Para quienes creen que el Mercosur es un componente esencial en la estrategia de inserción internacional de los cuatro socios y han seguido de cerca la evolución del bloque desde su creación, el momento actual conlleva expectativas promisorias. Están dadas las condiciones políticas y económicas en los socios mayores para la reconstrucción del modelo de integración sobre bases que permitan recuperar la credibilidad y la sustentabilidad.

Aunque es necesario reconocer la gravedad de la crisis que golpeó al Mercosur en los últimos años, no se pueden ignorar las ventajas que significó para sus miembros. Si se compara la participación de las empresas de menor peso en el comercio intra-Mercosur se observa que es superior a la que tienen en el comercio con el resto del mundo. Del mismo modo, el valor agregado en el comercio intrabloque es más alto que el que se verifica en el total de las exportaciones de los países miembros. Además, la unión aduanera se ha constituido en una plataforma importante para las

negociaciones externas del bloque.

El deterioro reciente de la credibilidad interna y externa del Mercosur es el resultado de los caminos escogidos por los socios para enfrentar las desfavorables coyunturas internas e internacionales de los últimos años. El exceso de flexibilidad para limar diferencias, la falta de compromiso para profundizar la agenda y la ausencia de una visión común sobre el papel del proceso de integración en las estrategias de desarrollo de los cuatro países fueron cambiando el proyecto original.

El margen para continuar en esta línea es reducido. Los desafíos de la agenda de negociación externa, que venían funcionando como el principal factor de cohesión de los socios en los últimos años, exigen ahora compromisos y definiciones más claras. Si no se produce un cambio radical de actitud de sus miembros, el Mercosur tenderá a diluirse frente a la extensa red de acuerdos regionales en marcha, en particular si el ALCA entra en funcionamiento en la fecha prevista.

Un proyecto de integración económica no se lleva a cabo sin costos. Y, para que valga la pena enfrentarlos, es necesario que los beneficios en términos de crecimiento e inserción internacional sean importantes para todos. Esto requiere un plan estratégico, que conduzca a una integración económica suficientemente atractiva para los socios, capaz de generar el grado de compromiso necesario para que el proyecto sea implementado, cualquiera sea el modelo elegido.

El buen desempeño de las exportaciones es condición esencial para retomar el crecimiento sustentable del bloque. Ese objetivo debería orientar el diseño de políticas comerciales y de instrumentos para la integración económica en la nueva fase de recuperación del proyecto, lo cual significa adoptar un modelo que estimule los niveles de eficiencia y el aumento de la productividad y mejore las condiciones de competitividad externa de los miembros. Para lograrlo es preciso hacer realidad el área de libre comercio -eliminando las innumerables restricciones comerciales que aún están vigentes-, y avanzar así en la consolidación de la unión aduanera.

Los principales dilemas

Los países del Mercosur pusieron en marcha programas de apertura comercial que no fueron adecuadamente acompañados por políticas que favorecieran el aumento de la competitividad. Si bien algunas reformas estructurales apuntaban en esa dirección, otras prioridades -como la consolidación de la estabilidad económica y, particularmente, la necesidad de ajuste en las cuentas públicas- acabaron por inhibir el éxito de las medidas que deberían eliminar el sesgo antiexportador de las políticas locales. Si la reducción de las tarifas a las importaciones es un elemento importante, la desburocratización de las operaciones de comercio exterior, la eliminación de los

impuestos a las exportaciones y una mejor infraestructura resultan esenciales.

Durante la década del noventa, aunque se anunciaron diversos programas de apoyo a las exportaciones, en particular en Brasil y en la Argentina, las políticas adoptadas no produjeron el crecimiento esperado de las mismas ni contribuyeron a remover las principales trabas. Es preciso reconocer que, además de los obstáculos en el ámbito nacional y regional, el Mercosur enfrenta problemas estructurales para ampliar sus mercados, como su localización geográfica, el bajo patrón de crecimiento en América Latina y el proteccionismo de los países desarrollados concentrado en sectores en los que el bloque es competitivo.

La expansión de las exportaciones es reconocida como condición esencial para desviar las presiones externas y retomar el crecimiento sustentable de los países del bloque. En efecto, aunque se produzca el retorno de importantes flujos de inversiones extranjeras, la experiencia de los años noventa demuestra que se requiere un buen desempeño exportador para limitar la vulnerabilidad de las economías nacionales ante los ciclos financieros internacionales. Por esta razón, la agenda comercial del bloque debe reflejar ese objetivo estratégico, contribuyendo decisivamente a elevar la competitividad de los productos de la región.

Asimismo, la cooperación entre los socios para la generación de empleos debe ser un resultado primordial del proceso de integración. Por lo tanto, el diseño de políticas comerciales y de instrumentos para la integración económica debe tener en las exportaciones y en la generación de empleos sus objetivos principales.

En el debate reciente sobre el futuro del Mercosur, la elección "área de libre comercio o unión aduanera" ha sido el tema predominante. Si bien la decisión entre las dos opciones no es por sí misma suficiente para superar los dilemas de la integración, se trata de un aspecto que necesita definición, ya que condiciona los proyectos de la agenda externa del bloque. Al mismo tiempo, en algunos países aumenta la percepción de que los compromisos con la unión aduanera y la necesidad de negociar en bloque toda la agenda externa tienen una relación costo-beneficio desfavorable. Los entusiastas de los acuerdos bilaterales comienzan así a proponer en voz alta una prórroga del proyecto de unión aduanera.

Ahora bien, en teoría, un modelo más profundo de integración aumenta la eficiencia y la productividad, mejora las condiciones para la inserción económica internacional y capacita a los países para negociaciones comerciales internacionales. Como un paso intermedio hacia un modelo de integración más profunda, la unión aduanera tiene la ventaja de ser más transparente y reducir los costos de transacción, cuando se la compara con un área de libre comercio. Pero, para que esos beneficios se materialicen, habrá que organizar una estructura de protección común, armonizar políticas y reglamentaciones que puedan interferir en las políticas de protección, eliminar controles internos al comercio y definir mecanismos para la distribución de la renta aduanera.

Aunque sea difícil, a corto plazo, avanzar en la implementación de esas medidas, no parece deseable retroceder, abandonando el proceso ya comenzado de la unión aduanera, puesto que cuestionar el respeto a las normas y a los contratos tendría un impacto considerable sobre la credibilidad de los países miembros. Por otra parte, no se puede ignorar el activo que representa la unidad del Mercosur en los procesos de negociación con terceros países, ni la importancia de la unión aduanera para las inversiones extranjeras que se registraron en los países que contaban con el arancel externo común como un instrumento para sus estrategias de negocios.

Aunque los costos de mantenimiento de la unión aduanera parecen elevados en este momento, hay que considerar también que la coyuntura económica ha sido en los últimos tiempos particularmente desfavorable para decidir una estrategia que incidiera en el destino del bloque. En un contexto de recuperación del crecimiento económico y de convergencia de las políticas macroeconómicas, las ventajas de la unión aduanera se harán más claras para todos. Por otro lado, este debate no debe paralizar el avance de la agenda de profundización, dado que, como ya he mencionado, el mantenimiento del arancel externo común no garantiza un modelo de integración suficientemente profundo para lidiar con los desafíos de la agenda externa.

Muchas veces, las percepciones negativas sobre la unión aduanera reflejan, en realidad, los problemas de un área de libre comercio. Por lo tanto, aunque sea muy relevante el debate sobre el dilema presentado antes, existe una vasta lista de tareas esenciales y urgentes que deben cumplirse para que los beneficios de un área de libre comercio puedan materializarse.

Otro dilema que parece importante superar cuando se proyecta una agenda para los próximos años es la cuestión "foco-alcance". No hay duda de que las tentativas meramente cosméticas de salvar al Mercosur tendrán pocas chances de éxito. Los Estados miembros deberán enfrentar el desafío de conferir al proceso de integración condiciones de credibilidad y sustentabilidad, lo cual requiere un plan ambicioso y al mismo tiempo realista. La experiencia del período 1998-2001 mostró que el bloque fue capaz de producir muchos protocolos y normas que no fueron incorporados a los marcos legales de cada país y dieron la falsa impresión de que la integración avanzaba. Así, la agenda del Mercosur debe ser lo suficientemente abarcativa como para reflejar la visión estratégica de los países en relación con el proyecto de integración, pero al mismo tiempo debe incorporar un cronograma realista que defina prioridades y evite frustraciones.

Así como el Mercosur no es responsable por el deterioro de la situación económica y política de sus miembros -que surge esencialmente de opciones de políticas económicas efectuadas al margen de la coordinación o la negociación intra-zona- la eventual mejora de la situación económica y política de los países del Mercosur es condición necesaria pero no suficiente para que el proceso de integración vuelva a ganar dinamismo.

Un nuevo impulso en la agenda oficial: la propuesta brasileña

Como ya he mencionado al comienzo de este artículo, el año 2003 trajo condiciones muy favorables para la recuperación del proyecto. Nuevos liderazgos políticos en tres de los cuatro socios, la superación de la fase aguda de la crisis económica en la Argentina y la gradual recuperación de la economía brasileña, combinados con una mayor convergencia de las políticas macroeconómicas entre los países miembros, indican que es posible construir los mecanismos adecuados para ingresar en una nueva fase de la integración.

Los resultados de la reunión cumbre del Mercosur, realizada en Asunción el 18 de junio de 2003, significaron un esfuerzo por retomar la agenda interna del bloque. En ese encuentro surgieron temas importantes, no tanto por su impacto inmediato, sino por las señales emitidas sobre el rumbo a seguir en los próximos años.

En esa oportunidad, el gobierno brasileño dio indicios concretos de compromiso con el proyecto, y presentó una propuesta de programa para la consolidación de la unión aduanera y para el lanzamiento del mercado común, con el año 2006 como horizonte temporal. Partiendo de la idea de que ese programa, sintetizado en el título "Objetivo 2006", debe involucrar cada vez más a las sociedades de los países del Mercosur, la propuesta brasileña se divide en cuatro grandes bloques: (1) Programa político, social y cultural; (2) Programa de unión aduanera; (3) Programa de base para el mercado común, y (4) Programa de la nueva integración.

El primer bloque pretende ampliar la dimensión social del Mercosur promoviendo una mayor participación de la sociedad civil en lo que atañe a la integración. En este campo, el documento sugiere una revalorización del Foro Consultivo Económico-Social del Mercosur y de la Comisión Parlamentaria Conjunta del Mercosur, organismos que integran la estructura institucional del bloque. El segundo, reúne las iniciativas para la efectiva implementación de la unión aduanera. A partir de la confirmación de la integración según el modelo original, y también del reconocimiento de que las diferencias regulatorias y las asimetrías de desarrollo son responsables de las principales dificultades, el gobierno brasileño recupera los principales temas de la unión aduanera y propone una reprogramación de los objetivos. La propuesta incorpora también medidas para promover una mayor integración productiva mediante instrumentos tales como los foros de competitividad y otros de naturaleza financiera. Estas propuestas señalan la elección de un camino que conduce a un tratamiento más profundo de los desafíos que plantea la integración entre países con diferencias internas, como los del Mercosur.

Orden de prioridades

En la actualidad, los países se encuentran ante una convergencia de factores que generan una oportunidad única para hacer avanzar el proyecto. Si no se advierten las ventajas de esta particular coyuntura, el simple mantenimiento del *statu quo* determinará que el bloque pierda relevancia frente a otras iniciativas de integración comercial. Las propuestas que circularon en la última reunión cumbre del Mercosur indican un nuevo orden de prioridades de los socios mayores, en particular de Brasil, que impulsa un proyecto de integración profunda.

Mientras tanto, es preciso verificar el grado de compromiso que asumirán las autoridades de los países miembros con la agenda propuesta, en caso de que ella sea aceptada por todos los socios. Sólo con un compromiso decidido de los gobiernos y de todos los niveles de las burocracias nacionales y con el apoyo consciente de la sociedad civil, tendrá sentido seguir adelante con los esfuerzos para la profundización de la integración. Para ello es necesario difundir la información y fomentar el debate en la sociedad. •

(1) Los comentarios aquí expuestos reflejan opiniones personales de la autora.



EL MOMENTO PARA UNA VERDADERA INTEGRACIÓN

En el actual escenario político de la región, es preciso que los miembros del Mercosur definan objetivos programáticos de largo plazo y, al mismo tiempo, lleven a cabo medidas de transición, de modo que sea posible recuperar la credibilidad ante los ciudadanos y avanzar en la integración del bloque.

por **ALVARO PADRÓN CARRAU** Director de Proyectos de la Fundación Friedrich Ebert en Uruguay. Investigador de la Universidad de la República. Coordinador del Foro Consultivo Económico Social del Mercosur

CARLOS ALONSO

Gran Playa

Óleo sobre tela, 150 x 200 cm, 1995

Muchos se preguntan qué ha ocurrido en la región para que el espíritu integracionista reaparezca con tanto vigor en los discursos de los gobernantes y políticos, en los medios de comunicación y, por ende, aunque también por iniciativa propia, en el imaginario popular. La razón es, sin duda, el cambio de las condiciones políticas, económicas y sociales. En este escenario, el Mercosur se presenta para los países miembros como la plataforma capaz de promover un nuevo modelo de desarrollo que, rescatando las particularidades nacionales, incorpore la estrategia de inserción internacional de la región en el mundo para potenciar su viabilidad y sustentabilidad.

No es nuestra intención profundizar aquí ni en el carácter ni en los antecedentes de esas condiciones políticas, económicas y sociales. Sin embargo, hay que señalar que, a partir de los cambios de gobierno en Brasil y la Argentina y del establecimiento de una "alianza estratégica" entre ambos, la nueva coyuntura política genera condiciones concretas para un punto de inflexión en el proceso integrador, potencialmente de mayor magnitud que el que tuvo lugar en 1994, previo al Protocolo de Ouro Preto, e incluso, en mi opinión, más profundo que el que llevó a dar inicio al Mercosur cuando se firmó el Tratado de Asunción.

En muchos aspectos hay similitudes enormes entre la situación actual y aquella en la que se encontraba la región a finales de la década del ochenta, cuando se adoptó la estrategia de integración. También entonces fueron la Argentina y Brasil los que tomaron la iniciativa y, con la conducción de Raúl Alfonsín y José Sarney, elaboraron las bases de un proceso de integración que, en pocos años, se vería afectado en su impulso inicial y en su naturaleza tanto por la devaluación de los objetivos y de los conceptos que inspiraron la estrategia, como por la inclusión de dos países más, pequeños y además generadores de profundas asimetrías.

Es evidente que, a la hora de acordar la creación del Mercosur como bloque regional, la presencia de gobernantes con una concepción similar en lo político y en lo económico marcó a fuego su nacimiento. Cabe preguntarse, doce años después, si estos gobernantes realmente creían en la integración o si se vieron obligados a dar continuidad, en algún sentido, al acuerdo que los antecedía. En efecto, Carlos Menem, Colhor de Mello, Andrés Rodríguez y Alberto Lacalle parecían actuar más obligados por las circunstancias que convencidos profundamente de la conveniencia del camino que emprendían.

El voluntarismo en los plazos y la euforia inicial contrastaban con los enfoques ideológicos dominantes, muy poco afectos a la creación de un bloque regional en sentido amplio. La prueba de esta falta de compromiso profundo con la estrategia integradora fue la aplicación de políticas nacionales -éstas sí implementadas con absoluto convencimiento- que en ningún momento contribuyeron al desarrollo de una visión integradora. Previsiblemente, los resultados de esta limitación fueron sólo el aumento del comercio intrabloque y el éxito de la imagen Mercosur como sujeto internacional.

Cuando hablamos entonces de una nueva oportunidad para la integración, prefiero remitir a los conceptos y a la visión que están en la base de los acuerdos Alfonsín-Sarney, luego relativizados en el Tratado de Asunción, puesto que estoy convencido de que la crisis del Mercosur no representó el fracaso de la idea de integración sino de determinados modelos nacionales y de una forma específica de gestión en el plano regional. Sólo asumiendo una evaluación autocrítica es posible restituir la credibilidad de la población en esta nueva etapa, garantía única de su éxito. La creación de un bloque regional político, económico, social y cultural es una tarea de los pueblos, que requiere su esfuerzo y su protagonismo para alcanzar objetivos profundos y duraderos.

Los contenidos y las formas son hoy, por lo tanto, la principal demanda que enfrentamos para el lanzamiento de esta nueva etapa. Puede ser incluso necesario un nuevo tratado que comprenda la magnitud del desafío, pero deberá ser la síntesis de un proceso de evaluación, análisis y propuestas desarrollado en marcos democráticos, que retome lo hecho hasta ahora e incorpore las nuevas demandas. La tarea actual consiste en organizar este proceso, y de allí la importancia de elaborar una agenda que contenga los temas sustantivos.

Antes de enumerar los puntos de esta agenda, parece necesario diferenciar los objetivos de carácter programático -inscriptos en el largo plazo- de aquellos que es necesario priorizar e implementar para superar la situación de estancamiento y poner nuevamente en marcha los mecanismos de integración.

Comparto plenamente la idea de fijar como objetivo último la más profunda integración en el ámbito regional. En este sentido, creo en la conveniencia de la constitución de un mercado común, la posterior etapa de la unión monetaria y, como síntesis superior, la constitución de una unión política. Coincido, entonces, con quienes plantean la necesidad de una estrategia que se dirija a estos objetivos, pero también considero que si hoy, en este punto de inflexión en que se encuentra el Mercosur, no se avanza en aspectos concretos y viables, estaremos poniendo en riesgo nuestras máximas aspiraciones.

No basta con sostener que se quiere un Parlamento del Mercosur, además es necesario explicar cómo llegar a esa instancia y qué pasos permitirán avanzar en esa dirección. Lo mismo ocurre con otras dos ambiciosas metas enunciadas públicamente: la adopción de una moneda única y la libre circulación de las personas. Quienes conciben el Mercosur sólo como un espacio comercial e intentan cuestionar la estrategia de integración profunda, encontrarán en el voluntarismo de estos objetivos compartidos -sólo realizables a largo plazo- una excelente excusa para confirmar su teoría. En consecuencia, es preciso combinar el rediseño estratégico del proceso de integración con la necesidad de avanzar en concreto y recuperar la credibilidad.

Una nueva agenda **Aspectos político-institucionales**

La institucionalidad actual deberá revisarse priorizando la democratización del proceso, la representación supranacional por sobre la intergubernamental y otorgando al sistema mayor eficacia y certeza jurídica.

En esta línea, los objetivos programáticos serían la constitución de un Parlamento del Mercosur que cumpla con el rol de legislar a escala regional, la creación de un Tribunal de Justicia y la consolidación de un ejecutivo supranacional cuya gestión supere la perspectiva nacional. Sin ánimo de desarrollar estos instrumentos y a riesgo de parecer esquemático, se trata de alcanzar el equilibrio de poderes que reconoce todo esquema democrático en el plano de los propios países miembros. Cualquier otra modalidad implicaría, aunque se prefiera no reconocerlo, un déficit democrático que pone en cuestión la legitimidad misma del proceso.

Como dijimos, no se trata de implementar estos objetivos de inmediato, sino de formular los principios que den sustento conceptual y político-institucional a lo que se quiere construir. Partiendo de estas definiciones, se pueden desagregar etapas e instrumentos transitorios que recorran el corto y el mediano plazo.

Por ejemplo, en relación con el Parlamento del Mercosur, sería razonable concebir tres etapas: en primer término, el fortalecimiento y la modernización de la actual Comisión Parlamentaria Conjunta; en segundo término, nuevas atribuciones y complementos institucionales para la Comisión Parlamentaria Conjunta (con adopción de un nuevo protocolo), y finalmente la constitución del Parlamento del Mercosur.

En cuanto al Tribunal de Justicia, aun siendo partidario de un proceso más acelerado, la instalación del Tribunal Permanente de Solución de Controversias, emanado del Protocolo de Olivos, es un avance que hay que concretar en los hechos, en primer lugar aprobando el referido Protocolo en los Congresos de cada país (aún resta Brasil, lo cual sorprende si se piensa en las iniciativas que este país ha planteado para profundizar el Mercosur).

En cuanto a los órganos ejecutivos, si bien su fortalecimiento parece una tarea más asumida, no por ello resulta menos complicada. Aquí vale la pena destacar que el avance no se mide tanto cuantitativamente sino por su enfoque y el logro de potestades supranacionales. En los doce años anteriores se pretendió evitar la instalación de una burocracia regional costosa e ineficaz y el resultado terminó siendo una telaraña con más de trescientos núcleos temáticos cuyo producto final es en general decepcionante. Si se calculara lo que le costó a los Estados sostener estos ámbitos, el monto superaría sin duda el de un sistema pensado desde una perspectiva común, racional e interactiva que incentive, gestione y monitoree todo el proceso de construcción del bloque.

La nueva etapa de la Secretaría Técnica parece apuntar en esta dirección, pero con importantes restricciones que deben superarse con voluntad política, énfasis en el interés común e inversión en recursos humanos y económicos por parte de los Estados. Es evidente que para consolidar la gestión ejecutiva del Mercosur será preciso ampliar el período de conducción de la Secretaría a dos o tres años, y también la duración de la Presidencia Pro-Témpore, por lo menos a un año por país. El irrisorio período de seis meses no permite desarrollar razonablemente una gestión, cuestionando cualquier interlocución seria que pretenda llevarse a cabo.

Finalmente, es hora de dotar de un espacio institucional relevante que responda a la realidad política y geográfica, a los gobiernos de las ciudades y regiones. La ausencia de este espacio constituye un déficit democrático que conspira contra la legitimidad popular del proceso de integración, ya que distancia más aún al ciudadano de la conducción del Mercosur. La integración (especialmente la física) tiene múltiples actores y dimensiones. El dilema

de un Estado nacional chico para enfrentar las demandas de lo global y, a la vez, grande para atender los requerimientos locales puede ser perfectamente contemplado con una ingeniería institucional inteligente e interactiva, donde cada cual aporte lo que le corresponda. Las fronteras serán así un espacio de integración por excelencia. La necesidad de un acuerdo específico en este nivel debe traducirse urgentemente en resultados, ya que pocas cosas cuestionan tanto un proceso de integración como una situación conflictiva en el ámbito de las fronteras.

Por último, todos estos instrumentos estarán orientados por un debate impostergable entre los países. En tanto se avance hacia la supranacionalidad es necesario determinar el sistema de decisiones, lo cual conduce ineludiblemente a un mecanismo de ponderación de votos. Aunque difícil, no es imposible diseñar un sistema complejo de ponderación que sirva a todas las partes, reconozca asimetrías, distinga el tipo de decisión a adoptar y contemple excepciones.

Si la discusión incorpora todas estas dimensiones y el proceso se encamina hacia un modelo institucional más democrático, estable y jurídicamente sólido, nadie debería recurrir a enfoques nacionalistas o al temor por la pérdida de soberanía para argumentar en contra de la única estrategia que nos permitiría entre todos, a nivel regional, recuperar la soberanía perdida en relación con el resto del mundo.

Aspectos económicos

La coordinación macroeconómica es, sin lugar a dudas, el primer paso. También aquí conviene definir los objetivos programáticos (por ejemplo, la unión monetaria), pero establecer etapas para su concreción. En este sentido, la propuesta argentina de creación de un Instituto Monetario parece un buen camino para desarrollar el proceso de cooperación macroeconómica. Instalar un sistema común de monitoreo de información y estadísticas económicas, para luego ingresar en un terreno más profundo, con metas de convergencia en materia fiscal, inflación, intereses y tipo de cambio, sería parte de los propósitos de este instituto.

Si bien se trata de una condición necesaria, la coordinación macroeconómica no es suficiente para profundizar la integración. Hay que contemplar además, como un nuevo eje estratégico, la complementación productiva que promueva iniciativas de cooperación y alianzas estratégicas entre empresas de los países del bloque. El fortalecimiento y aplicación de los foros de competitividad tripartitos instalados hace pocos meses constituyen un avance razonable en este sentido.

Por otra parte, en el plano comercial es necesario fijar un cronograma a efectos de restablecer, lo más rápidamente posible, la disciplina del arancel externo común (AEC) y la plena vigencia de la libre circulación de bienes entre los países del bloque. Con respecto al AEC, es imprescindible ponerlo en relación con la estrategia de complementación productiva y de inserción internacional del bloque.

Impulsar un proceso de cooperación regional para la innovación científica y tecnológica, promoviendo la participación de investigadores y expertos en los foros de competitividad, se presenta como una demanda directamente ligada al punto anterior.

La creación de un fondo de capitales de riesgo para financiar proyectos conjuntos de innovación en sectores que tienen dificultades para el acceso al crédito bancario es otra forma de favorecer iniciativas de esta naturaleza.

En cuanto al sistema financiero, es un área especialmente difícil de encuadrar en clave de integración. Existen situaciones delicadas, en el marco de las características de cada país, que requieren de mucha voluntad política para su superación. En este sentido sería conveniente recuperar la idea de un fondo común para la financiación y prefinanciación de las corrientes de exportación entre los países del bloque.

Con respecto a las inversiones, trabajar para una coordinación y armonización de incentivos a las mismas, que supere los acuerdos alcanzados en los protocolos específicos, es un paso inmediato para luego definir criterios comunes que contemplen una política regional dirigida a la cohesión del bloque, en términos de zonas geográficas o sectores menos favorecidos.

Por último, es conveniente dar renovado impulso a la estrategia de integración física en sectores como el energético, las telecomunicaciones y el transporte. Pensando el desarrollo de nuestra región a mediano y largo plazo, la integración en infraestructura es una herramienta estratégica que presenta enorme potencialidad en términos de complementariedad, a la vez que puede aportar resultados inmediatos en el objetivo de creación de empleos por la envergadura de las obras que involucra.

Sociedad y cultura

Jerarquizar la dimensión social del Mercosur es un camino ineludible para lograr el compromiso de los ciudadanos en el proceso de integración. Incluso desde el punto de vista económico, la armonización en el plano socio-laboral es necesaria para desarrollar una estrategia productiva a escala regional. Algunas medidas en esta dirección serían, entre otras, el fortalecimiento del subgrupo de Relaciones Laborales, Empleo y Seguridad Social; la profundización de la Declaración Socio-Laboral de cara a la aprobación de una Carta Social del Mercosur; el desarrollo pleno del observatorio del Mercado de Trabajo del bloque. Incorporar la lógica de la negociación colectiva supranacional, allí donde ya existen condiciones, es también una señal de avance en el diseño de un sistema de relaciones laborales en el marco regional.

La libre circulación de los trabajadores, como derecho incorporado a la lógica de construcción de un mercado común, debe ser evaluada y desarrollada, no sólo con rigurosidad profesional, sino también en etapas concretas, para evitar que se transforme en un acto voluntarista y un motivo de confrontación entre algunos sectores de nuestros países en una coyuntura caracterizada por el desempleo.

El objetivo de lanzar una dimensión cultural regional aporta al bloque una amplitud y una profundidad que contribuyen al acercamiento entre los ciudadanos y al proceso de integración, otorgándole legitimidad.

Relaciones externas

En el peor de los momentos del Mercosur, fueron su proyección externa y las demandas de negociaciones con otros bloques o países los únicos factores de cohesión regional. Hoy, con una nueva plataforma, este aspecto debe servir como sintetizador del esfuerzo intrabloque.

En gran medida, aunque no exclusivamente, el Mercosur aspira a una mejor inserción de nuestra región en el mundo. Esto se pone a prueba en negociaciones bilaterales con la Comunidad Andina de Naciones (CAN) o la UE, o en ámbitos multilaterales como el ALCA y la OMC. La unión hace la fuerza, nos enseña un sabio proverbio que resulta más fácil repetir que aplicar. Lo cierto es que existen dificultades políticas, económicas y comerciales en cada negociación, que deben resolverse en conjunto priorizando la unidad que es, en último término, la garantía del éxito.

Con respecto a la negociación con la CAN, parecen abrirse dos caminos definitivos. El primero y más deseable es el éxito de la negociación bloque a bloque para intentar luego una coordinación con el fin de enfrentar otros escenarios. El segundo, la ampliación del Mercosur mediante la incorporación de países andinos como miembros plenos o asociados. Esto significa la ruptura de la CAN a partir de concesiones arancelarias unilaterales de los países que negocien bilateralmente con el Mercosur. Venezuela y Perú parecen interesados en esta opción, aunque para ello queda mucho terreno por recorrer, incluso en el logro de consensos internos del Mercosur en lo que atañe a estas incorporaciones.

Quisiera terminar estas reflexiones enumerando algunos aspectos aislados que deberían pensarse como los ejes de esta nueva etapa de la agenda.

1. La necesidad de reflexionar sobre la idea de cohesión, como vertebradora de una estrategia solidaria que garantice el equilibrio entre países, sectores o regiones.
2. La creación de fondos estructurales para impulsar planes orientados en esa dirección. Los recursos para ello pueden provenir del cobro unificado del arancel externo común, herramienta idónea ya probada en Europa para ese tipo de desarrollo.
3. Estimular la participación de la sociedad en la tarea integradora. En este sentido se puede pensar en el Foro Consultivo Económico y Social como un instrumento de gran ayuda, ya que está integrado por organizaciones sindicales, empresariales y de la sociedad civil.
4. Por último, los nuevos objetivos de esta etapa de la integración requieren otra institucionalidad.

Si efectivamente nos encontramos frente a una refundación del Mercosur, sería razonable pensar en la necesidad de que se convoque a una conferencia intergubernamental que recoja la nueva voluntad política, defina los nuevos contenidos, apruebe una institucionalidad que los desarrolle e impulse un cronograma razonable pero ambicioso, que permita pensar y creer en la integración regional como el camino para la superación de nuestro estado de subdesarrollo y dependencia. •

EL MERCOSUR DESPUÉS DE 2002: PROPUESTAS A PARTIR DE UN TESTIMONIO PERSONAL

La supervivencia y el fortalecimiento del Mercosur dependen de la capacidad de sus socios para percibir el proyecto como destino e identidad de sus países. La profundización del proceso de integración también es esencial para la estabilidad y la mejor inserción internacional de sus miembros. Cabe al Brasil, el país políticamente más estable y de mayor economía de la región, ejercer un papel más efectivo de liderazgo en el proceso, patrocinando medidas para la creciente institucionalización del bloque, como la creación de normas comunes y de un Banco del Mercosur.

por **JOSÉ BOTAFOGO GONÇALVES** Embajador del Brasil en la Argentina. Diplomático de carrera

La República Federativa del Brasil buscará la integración económica, política, social y cultural de los pueblos de la América Latina, con miras a la formación de una comunidad latinoamericana de naciones.
(Párrafo único del artículo 4º, Título I de la Constitución Federal brasileña, con respecto a los Principios Fundamentales).

Esta reflexión sobre el futuro del Mercosur se inspira en los casi ocho años durante los que, desempeñándome como Subsecretario General de Asuntos de Integración, Económicos y de Comercio Exterior, Ministro de Industria, Comercio y Turismo, Representante Especial del Presidente de la República para Asuntos del Mercosur (Repsul) y ahora Embajador en Buenos Aires, participé de forma directa en el proceso de profundización del Mercosur. Organicé mis comentarios en cuatro apartados (1. El Mercosur como identidad; 2. El liderazgo brasileño; 3. La institucionalización del Mercosur; 4. El proceso de toma de decisiones), pero una idea principal impregna todo el trabajo: la visión de que la supervivencia y el fortalecimiento del Mercosur presuponen la convicción genuina, por parte de la sociedad y del gobierno brasileños, de que el bloque debe ser considerado como parte de la identidad y del destino del país y no como un mero interlocutor o como una opción ocasional, potencialmente descartable en circunstancias regionales menos favorables.

Sea por razones externas, como la multiplicación de iniciativas comerciales que diluyen esquemas preferenciales previos, sea por razones internas del bloque, como la crisis de credibilidad que deviene de la actual fragilidad económica de los cuatro países, las amenazas a la supervivencia del Mercosur son hoy considerables, y solamente un firme compromiso del Brasil, como principal líder, en el sentido de dar un paso adelante en el proceso de integración, podrá preservar al grupo. "Muddle through" (*hacerse el distraído*) dejó de ser una opción, por el simple hecho de que, con las actuales imperfecciones de la zona de libre comercio y de la unión aduanera y con incipientes acuerdos comunes en diversas áreas, el Mercosur -tal como está- corre el riesgo de perder relevancia y sentido dentro de muy poco tiempo. Por otro lado, la importancia de un mayor protagonismo brasileño deriva del hecho de que nunca la diferencial de poder entre el Brasil y los tres socios fue tan grande, en términos de tamaño de la economía, estabilidad y solidez de las instituciones políticas y capacidad e iniciativa internacional, lo que crea una evidente oportunidad, cuasi obligación, de mayor activismo del país. Por esas razones, es preciso que el gobierno brasileño se convenza de que la profundización del Mercosur es esencial para el Brasil como plataforma de inserción internacional y como instrumento de progreso y estabilidad en la región, y reconozca que, si el ejercicio del liderazgo presupone costos de varios órdenes, la inacción en las actuales circunstancias tendrá un costo todavía más alto.

El Mercosur como identidad

El gran obstáculo, del lado brasileño, para una efectiva "inversión" en el proyecto Mercosur es la ambigüedad con la que, más allá de la retórica del discurso prointegracionista, diversos sectores de la sociedad y del gobierno avalan al Mercosur. Está lejos de ser unánime la percepción de que el Mercosur es antes esencia que contingencia para el país. En efecto, prevalece en muchos segmentos la visión de que el Mercosur es un "interlocutor", una opción entre otras, una contingencia política y no un elemento actual de la propia identidad del Brasil. Todavía es precaria la conciencia de que la única manera de hacer sobrevivir al Mercosur es considerarlo como parte del proyecto nacional brasileño y reconocer que, por no estar del otro lado o por no ser una simple "etapa negociadora", el Mercosur debe ser tomado en cuenta en el proceso decisorio nacional de diversos temas que tienen profundas implicancias para los demás países del bloque. La opción estratégica, presente en el Tratado de Asunción y en el Protocolo de Ouro Preto, a favor de una integración profunda y no de una simple área de libre comercio, exige la asimilación, hasta ahora incompleta en los cuatro países, de un enfoque efectivamente regional. No hay alternativa: o se admite que el Mercosur es parte esencial de cada uno de los cuatro países y que, por lo tanto, los gobiernos nacionales no pueden ignorar las eventuales implicancias de sus decisiones sobre los vecinos, o el Mercosur fracasará como proyecto de integración profunda y, por extensión, como elemento aglutinante del Cono Sur.

Mencionaré un ejemplo que ilustra la conciencia aún poco alerta respecto del hecho de que las decisiones del gobierno brasileño pueden provocar efectos considerables en los socios del Mercosur y en la misma credibilidad del bloque como un todo, y que deben, por lo tanto, tomar también en consideración ese aspecto regional. No se trata de desear entorpecer la acción del Estado brasileño en función de intereses particulares de los demás países; tampoco se trata de compartir decisiones en situaciones excepcionales en las que el proceso de consulta previa intra Mercosur es virtualmente imposible por motivos de fuerza mayor, como fue el caso de la devaluación cambiaria brasileña de 1999. Se trata apenas de admitir que, por tener un alcance también regional, muchas de las decisiones y políticas del mayor país del bloque deben pasar, en la medida de lo posible, por un proceso previo de información, consulta y coordinación con los demás socios y, cuando eso no fuere viable, deben ser tomadas en cuenta en un balance total de costos y beneficios distribuidos entre los cuatro países. La misma capacidad y legitimidad del Brasil para ejercer un papel de liderazgo en el bloque, para solicitar a los vecinos respeto por las normas existentes y para ampliar la estructura de normas y acuerdos comunes dependen de la credibilidad del país como promotor y guardián principal no sólo de las reglas del Mercosur, sino también de un equilibrio de ventajas y desventajas entre los cuatro.

El ejemplo que evoco es el establecimiento del régimen automotor brasileño, entre 1995 y 1996. La cuestión de la conveniencia de la consulta e información a los socios del Mercosur fue introducida en los debates internos sobre la definición del régimen, en función de las evidentes implicancias que la nueva política arancelaria sectorial y de incentivos fiscales tendría sobre los flujos de inversiones en la región. Prevaleció, sin embargo, la tesis de que el tema no sería objeto de coordinación en el Mercosur, lo que sin dudas benefició inmediatamente la agilización del proceso decisorio, pero terminó generando un considerable pasivo de desconfianza a largo plazo y proporcionó a los demás países, en particular a la Argentina, una bandera a ser desplegada siempre que se vislumbrase la profundización del Mercosur: la necesidad de aceptación por parte del Brasil de la armonización o incluso la eliminación de los regímenes de incentivos regionales. Los esfuerzos del Brasil para la coordinación intra Mercosur en 1995 y 1996 no habían eliminado, es verdad, el interés de la Argentina -como consecuencia de la orientación gubernamental de entonces-, por "nivelar hacia abajo" la concesión de incentivos regionales dentro del Mercosur, pero podrían haber evitado la transformación del tema en una especie de cuestión de honra y mote permanente de los socios brasileños en las negociaciones subsiguientes sobre ese y otros temas. El hecho es que el asunto continúa siendo una de las cuestiones fundamentales del Mercosur y el Brasil no puede ignorar que el cumplimiento de la Decisión 31/2000, para el ordenamiento de la concesión de incentivos regionales, es también parte de la solución para los problemas del bloque.

¿Qué hacer, en términos prácticos, para aumentar la conciencia de que el Mercosur se está tornando parte de la identidad del Brasil y de que muchas de las decisiones más significativas del país se reflejan en socios con quienes compartimos un espacio de libre circulación de bienes y un arancel externo común, a pesar de todas sus imperfecciones? Sólo hay dos caminos. El primero es el más corto y convincente en el actual contexto de aceleración de los tiempos de los diversos tableros comerciales: la determinación de la autoridad más alta del país en el sentido de que el Mercosur constituya una referencia fundamental en la formulación de cualquier política con implicancias regionales, eso depende de la actuación de un presidente no sólo comprometido con el Mercosur, sino también capaz de convertir el gobierno como un todo a una mentalidad integracionista.

El segundo camino es más largo, pero no deja de sustentar al primero: la paulatina concientización, -liderada por Itamaraty y por la autoridad Repsul- de los demás funcionarios gubernamentales con respecto al marco normativo, el alcance temático, el grado de interdependencia y los beneficios económicos y políticos de un proyecto de integración como el Mercosur, a fin de que se genere entre los agentes de gobierno una verdadera cultura de interacción con los países vecinos. Condición importante para ese trabajo es que el propio Itamaraty supere las dudas remanentes sobre la centralidad del proyecto Mercosur en la política externa brasileña y que la función del Repsul se fortalezca y se valore todavía más. Sugiero, por ejemplo, que se institucionalice, en el marco del Mercosur, la figura del Repsul de cada país. En razón del hecho de que un representante especial del presidente para el Mercosur tiende, por definición, a actuar como elemento de promoción del grupo, estimo que la creación del cargo en los demás países y su consolidación en el propio ordenamiento jurídico del bloque contribuirían a reforzar una visión integracionista en el Brasil y en sus socios.

El liderazgo brasileño

Si el país como un todo y el gobierno en particular todavía están en proceso de asimilación de una mentalidad genuinamente integracionista, más embrionaria es la incorporación de otra visión igualmente innovadora y generadora de reacciones defensivas, que es la de la necesidad del ejercicio de liderazgo del Brasil, sea en el ámbito subregional (Mercosur) o regional (América del Sur). Las resistencias dentro del mismo gobierno brasileño a la convocatoria de la Primera Reunión de Presidentes de América del Sur revelan la permanencia de arraigadas reservas ante un papel más destacado del Brasil en su entorno.

Esa reacción es comprensible. Por razones históricas, la actitud predominante de la política externa brasileña siempre fue y continúa siendo la moderación del ejercicio de liderazgos ajenos, por la misma fragilidad y marginalidad del país en el cuadro más amplio de las relaciones internacionales. Acertadamente, el discurso y la mentalidad diplomática en el Brasil todavía están volcados hacia el desarrollo de instrumentos de contención del poder y de mecanismos de universalización y exposición de los procesos decisorios internacionales. Protagonismo y liderazgo son términos casi siempre interpretados de manera negativa en el vocabulario diplomático brasileño, y su asociación con la idea de imperialismo es casi automática.

Ocurre que, gradualmente, al menos en el ámbito regional, una actuación proactiva y protagónica del Brasil se va

volviendo no sólo más natural -por la creciente singularización del país como la economía más promisoría y la democracia más madura en una región hoy nuevamente caracterizada por la inestabilidad económica y política-, sino también más necesaria, por la mayor interdependencia regional en diversos aspectos, positivos o negativos, que van desde la economía hasta el crimen organizado.

Algunas ideas me parecen relevantes en esta reflexión sobre un casi inevitable liderazgo brasileño.

La primera es el reconocimiento de que un esfuerzo de liderazgo regional no es incompatible con un mayor papel del Brasil en otros ámbitos. Las opciones no son excluyentes; al contrario, la presencia internacional del país, su imagen como actor relevante en contextos más amplios, sólo tiende a crecer cuanto mayor sea el activismo brasileño en su entorno inmediato. La creación del Mercosur y aun la misma convocatoria de la Cúpula de América del Sur son dos ejemplos de ello: las dos iniciativas proporcionaron, en grados diferentes, una creciente visibilidad y presencia internacional del Brasil.

La segunda idea, ya sugerida anteriormente, es que no sólo el ejercicio del liderazgo tiene sus costos, sino también la falta de liderazgo, aunque éstos sean menos fácilmente reconocibles y mensurables. Es casi natural la resistencia a pagar el precio de iniciativas comunes regionales que impliquen recursos significativos o riesgos de desgaste político entre un segmento u otro de países de la región, pero es preciso tener en cuenta que la falta de una política que se podría llamar preventiva o de largo plazo en la construcción de instrumentos de estabilidad regional puede generar consecuencias muy negativas para el país. Eso es particularmente visible en la actual coyuntura, en que los destinos nacionales están cada vez más entrelazados y en que la completa diferenciación de un país en su contexto regional es cada vez menos probable, como se demuestra en cuestiones específicas, como las tendencias de contagio regional en el área financiera, de aumento de la porosidad de las fronteras nacionales o de generalización y homogeneización de la imagen de los países de una misma región por parte de la prensa internacional, las agencias de crédito y de *rating* y, muchas veces, por los propios inversores directos. En otras palabras, es una temeridad imaginar que el Brasil conseguirá alcanzar plena estabilidad y desarrollo en medio de un continente sudamericano empobrecido desde el punto de vista económico, inestable desde el punto de vista político y desequilibrado desde el punto de vista social.

Una tercera idea, asociada a la anterior, se refiere al recelo de que un liderazgo brasileño más desabrido en el continente genere suspicacias, entre los países vecinos, de veleidades imperialistas por parte del Brasil. Mi experiencia personal en el Mercosur es que los eventuales resentimientos hacia el Brasil derivan más de una actitud de indiferencia o de desconsideración de los efectos de las políticas brasileñas sobre el entorno, que de un papel más activo y protagónico del país como formulador y principal patrocinador de iniciativas comunes. Para usar una imagen tosca, el Brasil incomoda más cuando se mueve activamente sin notar la presencia ajena, como fue el caso del establecimiento del régimen automotor, que cuando busca acarrear a los demás consigo. El resentimiento de los países vecinos puede ser generado no sólo por eventuales presiones de los más fuertes, sino también por una actitud autosuficiente, como se observa de modo ejemplar en las relaciones que el Brasil y la Argentina mantienen con el Paraguay y el Uruguay. El Brasil todavía no tiene una dimensión internacional y un poder económico y político que le otorguen la condición de líder regional absoluto e incontestable, pero ya posee un peso propio suficiente, en términos tanto económicos como políticos, para que sus movimientos repercutan sensiblemente sobre los países vecinos y para que comience a tener cierto costo para esos países una eventual resistencia a las iniciativas de coordinación y liderazgo brasileño.

Lo que se debe tener en mente es que la capacidad del Brasil para exigir de los demás países el cumplimiento de las normas de integración vigentes y el compromiso con nuevas iniciativas y acuerdos es directamente proporcional a su compromiso con el proyecto integracionista, a la asimilación de una genuina mentalidad de integración. Aún persiste una especie de "déficit" de liderazgo brasileño, incluso en el momento de solicitar a los demás países respeto y lealtad para un proyecto de integración como el Mercosur, porque también subsiste nuestra ambigüedad sobre si queremos o no invertir en una integración de hecho y cargar con los costos de una creciente coordinación con los demás países. Para quedar en el ámbito del Mercosur, nos falta cierta determinación y "precedencia moral" para resolver definitivamente cuestiones fundamentales como el comercio del azúcar o la aplicación de una defensa comercial intra zona porque, en el fondo, nos falta la convicción de que también de nuestra parte nos adecuaremos al espíritu y a la norma de una unión aduanera. Nuestra duda sobre la conveniencia de nuestra propia lealtad a la iniciativa hace que sean tenues nuestros reclamos a los otros países sobre su lealtad para con el Mercosur.

Sobre el tema del liderazgo, propongo que se proceda a un amplio ejercicio de reflexión en el inicio del nuevo gobierno, a fin de evaluar: (1) ¿Qué es o debe ser el liderazgo brasileño en el Mercosur y en el continente sudamericano?; (2) ¿Cuáles son las ventajas y desventajas de ejercerlo?; (3) ¿Cuáles son los mecanismos de análisis de los costos y beneficios del liderazgo brasileño?; (4) ¿Cuáles son los medios para ejecutarlo?; (5) ¿Cómo se pueden articular los tres niveles de ejercicio de liderazgo: la sociedad con la Argentina, el fortalecimiento del Mercosur, la creciente integración de América del Sur?

Más concretamente, debemos saber: (1) ¿Cuál es la mejor manera de crear finalmente un instrumento financiero del Mercosur, tal como el Banco del Mercosur?; (2) ¿Cuál es el papel que un banco como el BNDES, con recursos equivalentes a los del Banco Mundial, puede ejercer en el proceso de integración, comenzando por la modalidad de préstamos "atados" (*tied loans*)?; (3) ¿Cuáles son los costos que el Brasil estaría dispuesto a pagar para promover una efectiva incorporación de los dos socios menores del Mercosur?; (4) ¿En qué medida proyectos como la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional de América del

Sur

(IIRSA) sirven de embrión para que el Brasil se involucre efectivamente como principal catalizador de la infraestructura en el continente?

La institucionalización del Mercosur

Una cuestión básica que incide, al mismo tiempo, sobre la calidad de funcionamiento del Mercosur, sobre el grado de compromiso de los cuatro socios y sobre la propia credibilidad externa del bloque es la institucionalización.

El Brasil ha adoptado, desde los comienzos del Mercosur, una posición refractaria a las propuestas de ampliación de la estructura institucional propia del bloque. El argumento tradicionalmente esgrimido por nosotros es el de la necesidad de mantener un Mercosur desburocratizado, ágil, asentado en un proceso decisorio flexible, que habría funcionado razonablemente bien desde el comienzo, sin que los países tuviesen que emplear significativos recursos humanos y financieros en una estructura pesada y centralizadora. Aparte de eso, la motivación fundamental de la resistencia brasileña es una preocupación muy justificada ante el riesgo de que el establecimiento de estructuras independientes y supranacionales limite la libertad de actuación del país más fuerte del bloque y lo subordine a intereses y posiciones dictadas por los países menores.

Por mi experiencia en la construcción del Mercosur, estoy convencido de que esa posición del Brasil está tornándose cada vez menos funcional, tanto para fortalecer y profundizar la integración entre los cuatro, como para el interés específico brasileño de mantener las riendas de la evolución del bloque y evitar desvíos indeseables. En primer lugar, el argumento de la flexibilidad, levedad y agilidad de las instituciones del Mercosur perdió fuerza por el simple hecho de que el grupo ha sufrido en los últimos años una crisis básica de credibilidad, derivada de la falta de coordinación y parálisis. Sin querer menospreciar la dimensión de los factores negativos que desencadenaron la crisis actual, comenzando por la vulnerabilidad externa de los cuatro países, con repercusiones en el nivel de crecimiento y en el mercado cambiario, el hecho es que la estructura institucional vigente en el Mercosur se mostró muy limitada para evitar, suavizar o remediar las situaciones de *impasse* y conflicto entre los gobiernos. La virtud de la levedad institucional en el momento de la bonanza se transformó en el vicio de la inoperancia en el momento de la crisis.

En cuanto a los recelos del Brasil frente a la mayor injerencia de los demás países sobre su libertad de acción, debemos evaluar muy cuidadosamente si los costos de resistir un mínimo de supranacionalidad no se están tornando demasiado elevados en esta etapa de la evolución del Mercosur, sea porque con la actual estructura institucional se ha avanzado poco en la construcción de acuerdos y normas comunes, sea porque el mismo tema de la institucionalización surge frecuentemente como uno de los tabúes paralizadores de las negociaciones como un todo. En lugar de reaccionar defensivamente ante cierto protagonismo uruguayo, creo que el Brasil debería adoptar una actitud más abierta y constructiva en la cuestión, a fin de encontrar fórmulas de organización institucional que favorezcan el avance del bloque sin afectar la autonomía decisoria brasileña en cuestiones esenciales.

No se puede olvidar que, si bien ciertos aspectos de supranacionalidad embrionaria en el Mercosur podrían incidir sobre la libertad de acción brasileña, de igual forma alcanzan a los demás socios, lo que podría tener un efecto saludable de aumentar el grado de racionalidad de las decisiones en el bloque y evitar desvíos incompatibles con el Mercosur. El ejemplo de la Unión Europea es muy ilustrativo de una incidencia supranacional moderadora de comportamientos desviadores, y de los efectos positivos del establecimiento de un patrón de racionalidad de políticas públicas en diversas áreas, sin afectar en el fondo el poder de influencia de los más fuertes, como demuestra la conducción de la cuestión monetaria, con la evidente precedencia de Alemania y el espíritu del Bundesbank. Incluso la historia del Mercosur está marcada por ejemplos de incidencia positiva de lo externo sobre lo interno, como en el caso de la necesaria apertura comercial en el Brasil y en la Argentina en los comienzos de la década del noventa, que habría sido mucho más difícil en cada país sin el elemento legitimador de la desgravación arancelaria prevista en el mismo acuerdo del Mercosur.

La imagen interna y externa del Mercosur se ve afectada de forma negativa por la percepción de que, por la falta de instituciones más permanentes (o de un "domicilio" propio), el bloque estaría como rehén de la coyuntura, en caso de que se concreten las propuestas de ampliación de las zonas de libre comercio (ALCA, UE, Mercosur) y se avance en la desgravación arancelaria multilateral, la importancia del Mercosur será directamente proporcional al alcance de las disciplinas y acuerdos comunes en las áreas más diversas, como también a la madurez y la solidez de las instituciones del bloque.

El Brasil dio pasos muy positivos hacia una mayor efectividad institucional del Mercosur, al apoyar el establecimiento del tribunal permanente y de la secretaría técnica. Creo que se debe avanzar más, y para eso debemos comenzar a evaluar, muy concretamente, de modo pragmático y sin rígidas oposiciones de principio, en qué aspectos y áreas una eventual aceptación por parte del Brasil de elementos de supranacionalidad produce más beneficios para el fortalecimiento del Mercosur en la dirección que queremos, que pérdidas significativas de autonomía para el país.

El proceso de toma de decisiones

Asociado a la cuestión de la institucionalización está el proceso de toma de decisiones, y aquí presento algunos breves comentarios sobre el tema de la norma del consenso.

Me parece ocioso entrar en debates muy teóricos sobre normas alternativas para el consenso, por el simple hecho de que, de manera general, como principio básico del Mercosur, el requisito del consenso entre los cuatro

miembros permanecerá. Eso no significa, sin embargo, que se deba abandonar el análisis de formas prácticas para agilizar el proceso decisorio en cuestiones que, por no afectar la esencia del Mercosur y los intereses vitales de uno o más países del bloque, precindan de la aprobación de los cuatro gobiernos.

Recurro a una cuestión muy actual, la de la integración de las cadenas productivas. Antes que nada, es preciso aclarar que no se trata de dirigismo estatal, de "gosplanismo", sino de buscar establecer, por medio del diálogo con el sector privado, una mayor interacción y complementación intra sectorial de los parques productivos nacionales. En ese caso, el Brasil y la Argentina, por disponer de las economías más industrializadas del Mercosur y de intereses más amplios en diversos sectores, están en posición privilegiada para avanzar al frente de los socios menores del bloque, lo que ha provocado reacciones contrarias de un país como Uruguay. Ahora bien, la integración de las cadenas productivas del Brasil y la Argentina en nada afecta a la esencia del Mercosur -en verdad la refuerza- ni perjudica directamente a los socios menores. Por esa razón, si no hay consenso entre los cuatro para encuadrar desde ya el tema en el marco jurídico del Mercosur, nada impide que el Brasil y la Argentina se valgan de instrumentos bilaterales para avanzar en el mismo. En ese sentido, los acuerdos bilaterales de 1988 constituyen una base jurídica muy apropiada.

El desplazamiento del eje cuadrilátero hacia el bilateral debe adoptarse siempre que, por un desequilibrio de prioridades entre los socios mayores y menores del Mercosur, el Brasil y la Argentina estuvieren en condiciones de anticiparse a los demás en la celebración de acuerdos o en la armonización de posiciones en áreas específicas, sin que por ello atenten contra el sentido del Mercosur o los intereses de los otros países. Hay diversos puntos de la agenda de integración en los que el Brasil y la Argentina tienen objetivos y afinidades que no son necesariamente compartidos por Paraguay y Uruguay, lo que hace recomendable un enfoque bilateral más ágil, sin perjuicio de la posterior incorporación del tema o decisión a la estructura del Mercosur, según la voluntad de los demás gobiernos. Esto no quiere decir que el Brasil y la Argentina deban realizar una integración enteramente aparte, ni que se deban consagrar expresiones que sólo disminuyen la confianza y el compromiso de los socios menores del Mercosur, como la idea de un "Mercosur a dos velocidades". Sin alardes ni espíritu segregacionista, el Brasil y la Argentina pueden y deben avanzar por la vía bilateral en las áreas de afinidades más evidentes, pero siempre de manera abierta a la participación constructiva. Requisito indispensable para esa tarea es la consolidación de la sociedad estratégica con la Argentina, que precisa un impulso adicional en la etapa que se inaugurará con los nuevos gobiernos recientemente iniciados, en particular en lo que se refiere a una mejor consulta y coordinación política y una mayor convergencia en los proyectos de inserción regional e internacional de los dos países.

Sobre la toma de decisiones en el Mercosur, vale todavía hacer una referencia muy particular al campo financiero. En esa área, la regla del consenso puede ser naturalmente obviada por la introducción de procesos decisorios alternativos, como el voto proporcional típico de los bancos multilaterales. El funcionamiento de un futuro Banco del Mercosur, cuya creación debe ser hoy una de las prioridades de los cuatro países, respetaría esa lógica, la única capaz de volver atrayente la inversión de recursos por sus socios. Aquí se abre para el Brasil, como el país de mayor economía y mayor capacidad financiera entre los cuatro, un espacio de actuación y liderazgo muy amplio, en especial al frente de una política más sistemática y abarcadora de financiamiento de la infraestructura de soporte para la integración, que me parece más y más necesaria. Un Banco del Mercosur, en síntesis, ofrece la múltiple ventaja de ser un instrumento eficaz de integración y promoción del desarrollo regional -porque promoverá la infraestructura física y los proyectos importantes en el área productiva-, de ser una iniciativa capaz de otorgar amplia identidad institucional al Mercosur, de introducir en la práctica, en el sistema decisorio del bloque, el voto ponderado, y de constituir un instrumento efectivo e indiscutible para el ejercicio del liderazgo por parte del Brasil, en materias puntuales de gran sentido práctico.

Tanto en el área financiera como en la de coordinación macroeconómica, cambiaria y monetaria se abren nuevos caminos para el Mercosur, no sólo en la cuestión más específica de la toma de decisiones, sino también en el propio diseño general de integración entre los miembros. Si la primera década del Mercosur estuvo marcada fundamentalmente por la construcción de una estructura de integración en el área comercial (y el elemento fundamental es la unión aduanera), tal vez el período que ahora se inicia sea recordado más adelante como el de la construcción de las bases para una integración financiera y monetaria. Todavía hay mucho que hacer en el área comercial, comenzando por la eliminación de las imperfecciones de la zona de libre comercio (exclusión del azúcar, uso de la defensa comercial intra zona) y de la unión aduanera (lista de excepciones, perforaciones con terceros países), pero es natural que los avances más significativos del Mercosur se concentren de ahora en adelante en áreas nuevas, entre las cuales la coordinación de las economías y el financiamiento de la integración parecen las más promisorias.

Para que se alcance ese objetivo, es necesaria una renovada y reforzada inversión del Brasil en el proyecto Mercosur. Como dije anteriormente, hoy más que nunca es indispensable y viable un efectivo ejercicio del liderazgo brasileño. Lo que nos falta es disipar cualquier duda sobre las prioridades que, sin perjuicio de otras iniciativas y relaciones, el Mercosur y nuestro entorno sudamericano deben representar en la actuación externa brasileña. No veo otra alternativa que no sea que se reconozca de una vez por todas que nuestra circunstancia es cada vez más un dato de la vida del país, que la geografía, independientemente de los voluntarismos, es una realidad inexorable de la evolución económica y política de cualquier Estado. El Mercosur es la mejor prueba de ello: no deja de ser una venganza tardía de la geografía contra la historia. Luchar nuevamente contra la geografía, y contra nuestra mejor historia reciente, sería un error. •

Este trabajo fue presentado en el Seminario "Grupo de Reflexión Prospectiva sobre el Mercosur" que tuvo lugar en el Palacio Itamaraty, el 4 de diciembre de 2002, en Río de Janeiro, en el marco de la XXIII Reunión del Consejo del Mercado Común y de la Cumbre de Jefes de Estado, en la que finalizó la Presidencia Pro Tempore del Brasil. El Instituto de Investigaciones de Relaciones Internacionales IPRI/FUNAG lo publicó en portugués en la colección Países y Regiones bajo el título "Grupo de Reflexión Prospectiva sobre el Mercosur".

www.revistatodavía.com.ar
todavía # 5 | Agosto de 2003

© 2003 Fundación Osde. Todos los derechos reservados. Registro Nacional del Derecho de Autor N° 193.133 / ISSN 1666-5872



VIDA SUBURBANA Y DEPORTE: DOS MOMENTOS DEL ESTILO COUNTRY

El fenómeno de los countries, que en los años treinta se limitaba a las clases altas y constituía el espacio ideal para el ocio del fin de semana y la práctica deportiva, en los noventa se extendió a vastos sectores de la clase media como garantía de seguridad y confort y, en muchos casos, como vivienda permanente. Aspiraciones y límites de un estilo de vida que tiene su propia historia.

por **ANAHI BALLENT** investigadora de la Universidad Nacional de Quilmes y del CONICET

"Countries. Nuevos estilos de vida": la elección de esta expresión como título del suplemento de *La Nación* destinado a la promoción inmobiliaria caracteriza acertadamente los procesos de suburbanización de los años noventa, ligados a una transformación de los espacios del habitar doméstico de los sectores altos y medios. En efecto, el término *country club* se ha convertido en el símbolo de un conjunto de fenómenos asociados a la vida fuera de la ciudad que abarca vastos sectores del conurbano bonaerense, se extiende a otras ciudades y concentra fuertes inversiones del mercado inmobiliario. En el caso de la región metropolitana, la construcción de nuevas autopistas de acceso a Buenos Aires en los años noventa fue la condición para la ampliación y diversificación de estos emprendimientos. Por su magnitud espacial se trata de un fenómeno duradero, más allá de que la crisis económica de los últimos años haya detenido temporarily su desarrollo.

Como lo indica el título del suplemento, este universo ha generado también una especie de subcultura específica del habitar doméstico, con sus propios eventos, publicaciones y programas de televisión o radio, creando un nuevo imaginario de la vida doméstica fuera de la ciudad que no sólo involucra al sector limitado de la población que participa del mismo, sino que se difunde de manera masiva a través de los medios, nutriendo expectativas y construyendo ideales de un conjunto social más vasto. Así, publicaciones como *Tiempo de Country*, *Mujer Country*, *Intercountries*, o los eventos como *Expo Vida Country* y *Estilo Pilar* reiteran términos e imágenes que aluden a una vida feliz en el marco de nuevos espacios del habitar doméstico suburbano, desarrollados dentro de un perímetro cerrado y controlado por medios de seguridad privada, celebrados como exclusivos desde el punto de vista social y beneficiados por instalaciones comunes de distinto tipo, sobre todo deportivas. Pese a la connotación rural del término *country*, quien elige estos emprendimientos no pretende llevar una auténtica *vida de campo*, sino habitar un escenario que *evoca* el campo.

El *fenómeno country*, sin embargo, no se inició en los años noventa. Los primeros emprendimientos datan de la década del treinta, cuando comenzaron a aparecer residencias de elite que asociaban vivienda e instalaciones deportivas, en el curso de un proceso de diversificación de los programas de vivienda extraurbanos de los sectores altos que tenía lugar desde fines del siglo XIX. Los *countries* de los noventa tienen muchas características en común con los de los años treinta, pero al mismo tiempo también presentan numerosas diferencias. En tal sentido, es posible analizar en simetría estos dos momentos en los cuales la vivienda extraurbana en relación con el deporte adquirió un particular protagonismo, aproximándonos a un fenómeno actual desde la perspectiva de una historia de mayor duración, capaz de informar sobre ciertas transformaciones de la sociedad argentina tal como se registran en los espacios y en la cultura del habitar del siglo XX.

Primer tiempo: los años treinta

Buscar alivio fuera de la ciudad en los meses de verano constituye una antigua costumbre de los porteños, que se fue consolidando en las últimas décadas del siglo XIX, a medida que se ampliaba la red de ferrocarriles. Los llamados *pueblos veraniegos*, como San Fernando, Adrogué o Tigre, caracterizaron este momento de incorporación de tierras al mercado inmobiliario posibilitada por la expansión de la red de transporte. Las viviendas suburbanas, los hoteles y los clubs serían los protagonistas de estos procesos de construcción de espacios de descanso y prácticas deportivas. En cuanto a la vivienda suburbana, este contexto favorecería la difusión de nuevos tipos arquitectónicos, como el *chalet*, denominación que en la Argentina designó toda construcción residencial de planta compacta, techos inclinados y formas pintoresquistas. Al mismo tiempo se difundían también otras formas del ocio fuera de la ciudad, como el veraneo en la costa o las sierras: en síntesis, a fines del siglo XIX se asistía a un proceso de ampliación y diversificación de los programas de vivienda extraurbanos de los sectores altos, signado por lo que se denominaba la "incorporación de costumbres anglosajonas" -prácticas deportivas, vida al aire libre, nuevos tipos de vivienda menos convencionales y más confortables que las urbanas-. Se adoptaba así un nuevo universo de referencia -"el mundo anglosajón"-, que se consideraba modernizador de la vida social y de los espacios del habitar.

En la década de 1930 se registró una particular inflexión de estos procesos y la vivienda extraurbana adquirió un nuevo auge, tal como lo demuestra el éxito de *Casas y jardines*, la revista de arquitectura y decoración de vida más larga en el medio local que comenzó a aparecer en 1933. Vida al aire libre, turismo, *weekend* y deporte se enlazaban con un proceso que databa de la década anterior: la expansión del uso del automóvil. En efecto, se consolidaba la *cultura del automóvil*, un conjunto de instituciones, espacios, prácticas sociales e imágenes basados en la transformación de los medios de transporte y de su infraestructura. Así, por ejemplo, el auto y el mejoramiento del sistema vial promovido por las obras públicas de la década, y apoyado por instituciones como el Automóvil Club Argentino o el Touring Club, agilizaban los desplazamientos entre el campo y la ciudad, permitiendo movimientos más personales y libres que el ferrocarril. La conquista de esa nueva libertad, resultado de las aplicaciones de la industria y la tecnología a la vida cotidiana, puede observarse en todo su potencial simbólico en una publicidad de Ford (1925): "Compre un Ford y adquiera cabal conocimiento de todos los barrios de la ciudad y de sus pintorescos alrededores. Guíe usted mismo. Vaya por la calle o el camino que le parezca más interesante. Si un objeto o un paisaje llama su atención, deténgase. Sin violencias, sin apuros, con toda comodidad, con toda tranquilidad. Usted es el dueño de un Ford. Usted manda".

Desde el punto de vista social, distintos sectores de las clases medias comenzaban a incorporarse al universo de la vida extraurbana y del turismo, aunque lo hicieran a través de modalidades muy diferentes y de manera desigual. En tal sentido, pensemos en la relativa popularidad que iría adquiriendo Mar del Plata, promocionada ya en 1935 como "el balneario de todos". Paralelamente a este proceso de ampliación social, y quizá como respuesta a él, las iniciativas de los sectores altos continuaron renovándose, tomando cierta distancia de los ámbitos que comenzaban a albergar a nuevos protagonistas.

En este marco surgen los primeros *country clubs*: el Tortugas Country Club a principios de la década, el Hindú Club en Don Torcuato hacia fines de los treinta y Highland Park en Ingeniero Maschwitz en la década siguiente. Todos ellos fueron promovidos por sectores sociales altos: se trataba de iniciativas de elite. Consistían en una vinculación de vivienda y deportes terrestres -polo, equitación, golf, tenis y natación-, que contaba con antecedentes en los Estados Unidos y en algunos países latinoamericanos. Esa vinculación marcaba una inflexión en los desarrollos de los espacios del ocio de la clase alta, y constituía un síntoma de los cambios culturales indicados anteriormente. Por un lado, en los nuevos *countries*, el *weekend* y el club se asociaban a la familia, mientras que pernoctar en un club era un tradicional privilegio masculino. Por otro lado, el tipo de arquitectura adoptada, como los chalets californianos del Tortugas o los *cottages* con techos de paja del Hindú, era relativamente modesto y sencillo, con un diseño simple que evitaba cualquier ostentación. Se buscaba pasar un fin de semana relajado, disfrutando de una vida menos dependiente de los códigos sociales que la imperante tanto en la ciudad como en los espacios del ocio tradicionales. Esto significaba, en los años treinta, adoptar un *estilo de vida moderno*: lo sofisticado, tanto en la vida social como en las elecciones arquitectónicas, consistía en romper convenciones y en preferir las formas simples.

De cualquier manera, cabe destacar que, vista en su conjunto, la vida de los ricos no perdía complejidad, ya que la vivienda suburbana -y la de los *countries* en particular- no constituía una residencia permanente, sino que cubría sólo un aspecto de la vida doméstica: el relacionado con las prácticas deportivas y el descanso del *weekend*. En efecto, una particularidad de Buenos Aires, en comparación con otras ciudades latinoamericanas, radica en que los procesos de suburbanización nunca condujeron al abandono del centro, el cual sólo tardíamente -en las últimas décadas- perdió su atractivo y prestigio como lugar de residencia permanente.

Segundo tiempo: los años noventa

Una nueva etapa de desarrollo de los *country clubs* se registró a fines de los años setenta, pero en un contexto social diferente del que les había dado origen. Los promotores inmobiliarios tomaron la iniciativa de ampliar el mercado del *weekend* a ámbitos protegidos entre la clase media alta, a la cual no tardarían en sumarse beneficiarios de la *plata dulce* de la política económica del gobierno militar. Así, el relativamente accesible viaje de compras a Miami a fines de los años setenta constituyó un disparador de transformaciones en los hábitos de consumo y en las expectativas culturales de amplios sectores de las clases medias. Por otra parte, una nueva legislación de uso del suelo en la Provincia de Buenos Aires (decreto-ley 8912 /1977) contempló la instalación de *country clubs*, constituyendo un motor para su expansión.

Si bien el actual *fenómeno country* es deudor de la historia que aquí se ha narrado, en los años noventa se han abierto nuevas inflexiones que modifican sus características iniciales. En principio, ya no se trata de iniciativas de elite, sino que esta última etapa está protagonizada por lo que los promotores denominan "clase media de ingresos razonables", producto social ligado a la fragmentación económica y cultural de la clase media registrada en las últimas décadas. Además, es sintomático que los aspectos más interesantes que desde el punto de vista cultural presentan los *countries* en la actualidad se hagan visibles cuando tales emprendimientos dejan de ser ámbitos de *weekend* en su acepción tradicional, para transformarse en núcleos de vivienda permanente o en fraccionamientos de chacras. En efecto, hoy el programa *country club* puede integrarse a un sistema de espacios del ocio como de hecho lo hacía en los años treinta, pero también puede constituir una alternativa única, el punto de partida para un fenómeno que se diversifica en dos direcciones. Por un lado, las residencias permanentes han constituido los *barrios privados* o *barrios cerrados*, que, aunque pretenden disfrutar de la naturaleza, exigen cada vez más valores urbanos: seguridad, comunicaciones rápidas, accesibilidad y equipamiento urbano. La seguridad es el requerimiento privilegiado de esta nueva etapa, en tanto que no era particularmente importante en los proyectos de los años treinta. Por otro lado, la nueva modalidad que diversifica las propuestas originales son los *farm clubs*, fraccionamientos de lotes más amplios para quienes ambicionan un mayor aislamiento, criar animales o realizar pequeños cultivos. Mientras que la primera opción se ajusta a demandas fundamentalmente urbanas, la segunda

condensa expectativas más rurales o pastorales, que corresponden a perfiles de usuarios tan distintos como un aficionado a la equitación o al polo o un naturista-ecologista-*new age*.

Como programa urbanístico, entonces, en los años noventa el fenómeno *country* amplía su alcance social y diversifica sus formas, sobre todo transformándose en residencia permanente. Al mismo tiempo, en las viviendas se observan también cambios notables que hablan de modificaciones en la vida y en la cultura doméstica de las clases medias. En efecto, es probable que muchas personas que han pasado su infancia en los departamentos mínimos que caracterizan a vastos sectores de Buenos Aires desde los años sesenta, o en una poco confortable *casa chorizo*, hoy rechacen esas construcciones, porque se han operado transformaciones culturales importantes. Actualmente se demanda más espacio, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo, equipamientos sanitarios y de cocina mucho más sofisticados, nuevas conexiones entre los ambientes, un nuevo sistema de comunicaciones y climatización artificial, todo eso a un relativo bajo costo. La aspiración de las clases medias hoy no consiste en simplificar la vida doméstica, como en los años treinta, sino en complejizarla. En esta nueva tendencia se imponen como referencias los modelos de casas norteamericanas, que a diferencia de los desarrollos europeos en vivienda masiva no se centraron en la reducción de espacios y superficies, sino en el control de los costos. Las atractivas propuestas de venta *llave en mano* que se reiteran en los *countries* de los años noventa sobre modelos norteamericanos son un signo de la aceptación de estos nuevos mecanismos.

En este contexto, y en relación con la historia que hemos trazado, parece imponerse una reflexión sobre la forma en que los requerimientos del ocio, el tiempo libre y el deporte han determinado la vida cotidiana, combinándose con el incremento de la fragmentación social y la conflictividad de la cultura urbana. Frente a estos procesos, aislarse para llevar una vida tranquila y deportiva al aire libre se presenta como una alternativa relativamente económica y difícil de resistir. Sin embargo, este estilo de vida, con la extensión social dentro de las clases medias que registra actualmente, no siempre es vivido de manera despreocupada: a diferencia de las elites de 1930, las clases medias en ascenso de 1990 cuentan con una memoria de integración social a través de la ciudad que se contraponen a la segregación fundante de la urbanización de los *countries*. Por el momento, aunque con ciertas tensiones, el aislamiento en los *barrios paraíso* es vivido como una ganancia, tal como lo expresa un habitante a la revista *Intercountries*: "De alguna manera estamos en una burbuja: no podemos negar la realidad que se vive afuera. Lo que pasa es que, por ejemplo, entre los riesgos de Buenos Aires y esto, no hay punto de comparación". El tiempo demostrará si los *countries* lograrán vivir "en una burbuja", como lo espera hoy buena parte de sus protagonistas, o si, en cambio, siguiendo las directrices estéticas y culturales con que han modelado sus escenarios cuidadosamente diseñados, solamente conseguirán construir y habitar la agridulce evocación de una "burbuja". •



INÉS BANCALARI
Amarillo y naranja A y R
Collage, ø 22 cm, 2000

UNA NUEVA CARTOGRAFÍA DE SENTIDOS PARA LA ESCUELA

¿Cuál es el sentido de la educación en la Argentina actual? Mientras cada institución educativa define sus propios objetivos en función de las aspiraciones familiares y las condiciones socioeconómicas del entorno, el Estado piensa la educación pública en términos de contención de los sectores marginales. ¿Cómo entender esta diversidad de sentidos asociada a la escuela?

por **GUILLERMINA TIRAMONTI** especialista en política educativa y directora de Flacso

Los cambios de época suelen ir acompañados por un cuestionamiento y rediseño de la red de instituciones que la articulan y sostienen. Por eso, las crisis desatan un proceso de revisión de las funciones, la importancia y la identidad de las diferentes instituciones que hasta ese momento gozaban de un estatus aceptado por el conjunto de la sociedad. En la actualidad, la educación escolarizada -institución central para la instauración y reproducción de la modernidad- está siendo objeto de heterogéneas demandas y exigencias que abren un interrogante sobre el "sentido de la escuela" en los tiempos de la globalización. La pregunta sobre "el para qué" de la escuela, formulada en general para el conjunto de las instituciones educativas, presupone la unidad del sistema y de los sentidos que a él se asocian, lo cual se contradice tanto con los resultados de la investigación como con los de cualquier observación atenta de la realidad educativa.

El mito de un sentido único

Es verdad que hay una historiografía educativa y política que ha propiciado la identificación de un sentido único para la escuela en momentos clave del acontecer nacional. Por ejemplo, la formación ciudadana pareciera haber sido el sentido dominante de la propuesta educativa nacional de fines del siglo XIX y principios del XX, y la formación de recursos humanos para el desarrollo industrial el que se impuso en los años sesenta.

En ambos casos se trata de la identificación de un sentido hegemónico que, si bien se asocia a los sentidos particulares que los diferentes actores y agentes construyen alrededor de su propia escolarización, neutraliza o elimina sentidos antagónicos, alternativos y no funcionales, difíciles de compatibilizar, etc. En verdad no ha habido nunca un sentido único y homogéneo para la escuela, pero sí coyunturas precisas en las cuales el Estado logró imponer y extender al conjunto de la población -a través de un complejo proceso de negociaciones, disputas y eliminaciones- una representación del "deber ser de la escuela". Hay entonces un mito del sentido único de la educación, que sólo pudo construirse mediante la acción de un Estado capaz de articular simbólicamente las aspiraciones y demandas de los diferentes estratos, clases, subclases o sectores sociales, aun de aquellos que estando excluidos del sistema abrigaban la expectativa de una futura inclusión (para sí mismos o para la generación posterior).

Qué duda cabe de que en la primera mitad del siglo XX los sectores populares consideraban la obtención de credenciales educativas como la condición para el progreso personal. Si para estos grupos el sentido de la escuela estaba asociado a su expectativa de ascenso, para el Estado se articulaba con la necesidad de ampliar su base social mediante la socialización escolar de las nuevas generaciones. Del mismo modo, la promesa del desarrollo que el Estado hizo suya en los años sesenta logró cubrir buena parte de las expectativas de una mejor educación de las clases medias y especialmente de las mujeres de este sector social, que encontraron en la formación universitaria un recurso valioso para materializar sus deseos emancipatorios.

Se puede sostener, entonces, que junto con el sentido único y dominante conviven múltiples sentidos particulares que encuentran en él su posibilidad de realización. Fue la pretensión universalista del Estado la que hizo posible que lo particular encontrara expresión en la propuesta de la educación pública de la modernidad.

Por supuesto, si bien esta pretensión universalista funcionó en la construcción del mito, no se materializó en una acción acabada de inclusión del conjunto de los grupos sociales a los beneficios de la educación. De hecho, la Argentina no ha logrado aún universalizar la finalización de la Educación General Básica. Más allá de estas comprobaciones, es importante señalar la existencia del mito y su eficacia en la construcción de las representaciones de los argentinos sobre los rasgos identitarios de la nacionalidad.

El sistema educativo como escenario de la diversidad y la fragmentación

La crisis ha puesto en cuestión algunos de los mitos sobre los que construimos nuestra identidad. La idea de que somos una sociedad igualitaria se desmorona con la sola observación de un paisaje urbano saturado de presencias que muestran una estructura social polarizada. La experiencia de las escuelas que atienden a los sectores marginales no deja ningún margen para seguir sosteniendo el relato de la educación pública que integra e iguala.

Hay dos procesos que minaron la posibilidad de que el conjunto de las instituciones educativas sostenga hoy un sentido homogéneo. El primero de ellos es el paulatino desplazamiento del Estado como articulador central del orden social y gestor de un interés común. La colonización del Estado por los intereses particulares, la cesión al mercado de importantes funciones y la focalización de la acción pública en programas sociales para los sectores indigentes socavó la pretensión estatal universalista. Además, desde los años sesenta se registra un proceso de retiro de importantes fracciones de las clases medias de los servicios públicos, entre ellos los de educación. Estos grupos generaron un mercado educativo que construye sus sentidos con prescindencia de las interpelaciones del Estado.

Hoy la investigación empírica demuestra que lo que antes llamábamos sistema educativo no es más que un agregado institucional fragmentado donde es difícil reconocer sentidos compartidos. Lo que se registra es una explosión de sentidos, cada uno de los cuales se construye en el diálogo entre las expectativas familiares, las estrategias sociales de los distintos grupos y los recursos institucionales. En esta nueva cartografía el Estado intenta constituirse en un referente para el grupo de escuelas que atiende. Nuevamente, la eficacia de esta pretensión está asociada a su capacidad para formular una propuesta que registre las demandas de los grupos sociales y las instituciones involucradas.

Caído el mito de la unidad, lo que se registra es una diversidad de sentidos escolares que construyen un mercado educativo que sólo en algunos casos tiene al Estado como interlocutor. Si analizamos las instituciones escolares, encontramos que la heterogeneidad no se corresponde linealmente con el estrato socioeconómico al que pertenecen los alumnos, sino sobre todo con la lectura que las familias y las instituciones realizan de las oportunidades que el contexto cambiante ofrece a sus hijos y alumnos. Ejemplo de ello son las diferencias en las propuestas de las llamadas escuelas de elite. Allí tenemos, por un lado, instituciones que recrean la simbología del empresario exitoso, cosmopolita y triunfante en un mundo fuertemente competitivo, y en estos casos toda la institución se organiza en pos de la conformación de personalidades competitivas. Por el contrario, otras escuelas que atienden al mismo sector social se proponen como un espacio de preservación de las tradiciones y de la simbología de la pertenencia de clase, y socializan siguiendo un patrón de respeto de las jerarquías sociales y los linajes familiares.

En las escuelas que atienden a las antiguas clases medias, hay también heterogeneidad de sentidos. Están aquellas que se proponen habilitar para los alumnos un variado espectro de posibilidades futuras, combinando una oferta cultural amplia y el estímulo de la creatividad personal. Estas instituciones, caracterizadas por un alto nivel educativo reconocen las limitaciones de las tradicionales carreras universitarias en cuanto a inserción laboral y por ello buscan innovar en las salidas profesionales de los jóvenes.

Otras instituciones se proponen recrear para sus alumnos un futuro de clase media, recurriendo a la antigua combinación de credenciales educativas de nivel superior e inserción laboral con un prestigio acorde. Se intenta de este modo dar respuesta a una demanda de conservación de la identidad de clase media de los grupos que han estado expuestos a los movimientos de descenso social producto de la reconversión de los años noventa.

Finalmente, otras escuelas buscan generar un espacio para habitar el derrumbe, proporcionando asistencia material y pedagógica y delimitando un ámbito de comprensión y de convivencia entre pares para aquellos que viven en los márgenes de la sociedad. Estas instituciones no tienen voluntad "civilizatoria"; no pretenden cambiar la vida de sus alumnos, sino que se proponen ayudar a soportar el presente. Así, consuelan, asisten, escuchan, pero se saben instituciones de frontera y reconocen la fuerza performativa de las condiciones socioculturales en las que transcurre la vida de sus alumnos.

Si se analizan las aspiraciones de los padres, los docentes o los alumnos, los sentidos son diferentes en cada caso. Para los alumnos, la escuela tiene un sentido asociado a la constitución del grupo de pares y sólo secundariamente a la adquisición de conocimientos. Para los docentes en general, la escuela es un espacio de reposición de las carencias afectivas de los chicos. Más allá de que se proponga formar espíritus competitivos o creativos, intelectuales o identidades de clase, ella adquiere sentido por su función de contención de chicos deficitariamente atendidos por las familias en este aspecto. Las continuidades de sentido entre los diferentes estratos sociales desaparecen cuando los interrogados son los padres, cuyas aspiraciones están representadas muy claramente en las propuestas institucionales de las que hemos dado cuenta en párrafos anteriores. De allí es posible concluir que las escuelas son buenas interlocutoras de los referentes familiares y construyen el perfil institucional de acuerdo con sus demandas.

La posición del Estado hoy

El Estado interviene en esta economía de sentidos como un actor más que interpela a las escuelas a su cargo intentando moldearlas en consonancia con su discurso. ¿Y cuál es el discurso desde el cual el Estado interpela a las escuelas? Más allá de las constantes referencias a la equidad y a la calidad, a veces se promueve desde ciertos discursos públicos una asociación entre educación y control del riesgo social. A diferencia de otras épocas en las

que el valor de la educación se actualizaba en la esfera política a través de la formación de una ciudadanía ilustrada capaz de internalizar el mandato de las democracias modernas, o en el ámbito del mercado a través de la formación de una mano de obra capaz de adaptarse a las exigencias del empleo, hoy en día se acuerdan mayores inversiones en educación apelando a su potencial control del riesgo social. Según este razonamiento, los niños y jóvenes que concurren sistemáticamente a la escuela están protegidos de la tentación delictiva. No obstante la falsedad de esta afirmación, puesto que la investigación demuestra que para determinados grupos sociales la escolarización es compatible con las conductas delictivas, esta asignación de sentido a la escuela tiene impacto sobre las prácticas escolares en la medida en que se asocia con las condiciones de desintegración social y quiebre de los marcos regulatorios que caracterizan a las poblaciones condenadas a una existencia marginal.

Como cierre de esta reflexión, cabe preguntarse qué significa esta multiplicidad de sentidos en términos de justicia educativa. La heterogeneidad de propuestas puede interpretarse como la incorporación de la diversidad de intereses, demandas y expectativas que los diferentes grupos sociales depositan en la escuela, y por lo tanto puede considerarse una ganancia en términos de respeto de la diferencia. Sin embargo, la pretensión de justicia está dañada toda vez que para determinados grupos sociales se construye un sentido que no pretende actualizar potencialidades personales o reconocer peculiaridades culturales, sino encuadrarlas en una propuesta escolar que neutralice su conflictividad social. •

www.revistatodavia.com.ar
todaVÍA # 5 | Agosto de 2003

© 2003 Fundación Osde. Todos los derechos reservados. Registro Nacional del Derecho de Autor N° 193.133 / ISSN 1666-5872



BIENAL DE LYON: UN HOMENAJE A LATINOAMÉRICA

La última Bienal de danza de Lyon, realizada en septiembre de 2002 y dedicada a las producciones de los coreógrafos latinoamericanos, mostró un panorama de notable diversidad y riqueza creativa: desde las propuestas minimalistas o de carácter convencional, hasta los proyectos más ambiciosos o experimentales. La vitalidad artística, la modernidad y la rigurosa formación de los bailarines y coreógrafos fueron los rasgos constantes de las obras.

por **LAURA FALCOFF** crítica de danza

Entre el 10 y el 29 de septiembre de 2002 se realizó en la ciudad de Lyon la décima edición de su famosa Bienal de danza, dedicada en la oportunidad a América Latina. *Terra latina -de Río Grande a Tierra del Fuego-* es el nombre que se le dio a este multitudinario festival en el que participaron once países latinoamericanos. La programación contempló de una manera casi excluyente espectáculos de danza contemporánea: ésa es la orientación de la Bienal desde que fue creada en 1984. En una proporción mucho más reducida, se dio lugar también a conjuntos de bailes folclóricos y populares provenientes de países como Bolivia y Perú, donde las manifestaciones de danza contemporánea no tienen aún suficiente entidad.

Si en el año 2002 algún hipotético interesado en las tendencias más en boga de la danza latinoamericana hubiera querido obtener una visión a la vez panorámica y sintética del fenómeno, no habría necesitado recorrer los países que componen el subcontinente. Simplemente, permaneciendo aquellos veinte días en la bella ciudad de Lyon hubiera podido ver una porción considerablemente representativa de lo que está ocurriendo en la materia.

No puede eludirse el hecho, digámoslo, de que el panorama que se presenta en cada Bienal de Lyon es el que ha pasado por el estricto filtro del gusto y las inclinaciones de Guy Darnet, su omnímodo director. Él fue quien la creó dos décadas atrás, quien elige el tema de cada edición y quien viaja intensamente el año previo para elegir grupos, coreógrafos y espectáculos. Basta tomar las tres últimas ediciones: en 1998 el tema fue los países de la cuenca del Mediterráneo; en 2000, los países asiáticos del llamado Camino de la Seda; en 2002, América Latina. En 2001 Darnet recorrió la región desde México hasta la Argentina y de este periplo surgió una programación de variados contrastes: desde piezas breves en escenarios pequeños (como el solo *El saco*, de la chilena Marcela Escobar) hasta propuestas espectaculares en cantidad de bailarines y efectos especiales como *El viaje a la Luna*, de Raúl Parrao, representado por la Compañía Nacional de Danza de México en la Ópera de Lyon. Se vieron trabajos muy experimentales -en el sentido de que parecían encontrarse en proceso de elaboración-, como *Lugar del deseo*, del grupo chileno Compañía PE Mellado Danza, y producciones como *Tango Vals Tango*, de la compañía Tangokinesis que dirige Ana María Stekelman, y que usa fórmulas ya consolidadas y a la vez actualizadas, resultado de esa suerte de estereotipo que es el tango de sesgo erótico.

La danza-teatro fue seguramente la manifestación con mayor presencia durante la Bienal. Vale la pena recordar que la danza-teatro es una corriente o subgénero de la danza contemporánea surgida en la década del setenta con las primeras creaciones de la genial coreógrafa alemana Pina Bausch. Algunos de los trabajos provenientes de Cuba (*Solamente una vez y Rosas y herencias*), Venezuela (*Canción de los niños muertos*), Argentina (*Secreto y Malibú*), Brasil (*Orquesta y Lleganca*), Costa Rica (*Reloj de arena y flor*), reflejaron la influencia de Pina Bausch: material coreográfico surgido de acciones de la vida cotidiana; conflictos dramáticos más que elaboraciones formales; sencillamente hombres y mujeres más que personajes; gran abundancia de elementos escenográficos, inserción de escenas actuadas, utilización de la voz de los bailarines-actores, heterogeneidad sonora aunque con un particular énfasis en la música de origen popular. Estos rasgos fueron visibles, parcial o totalmente, en *Secreto y Malibú* -aunque el ámbito de la obra remita al patio de una casa del Gran Buenos Aires-, o en *Canción de los niños muertos*, aunque se utilice música venezolana y se recreen ritos funerarios de la región. Es decir, hay un uso de ingredientes de color local pero atravesados por un concepto que evidentemente atrae a muchos creadores contemporáneos por encima de las fronteras nacionales.

Sin embargo, hubo manifestaciones más originales y más autónomas, como las de algunas compañías brasileñas. Brasil posee un movimiento de danza contemporánea de gran potencia (no casualmente fue el país con mayor

número de compañías invitadas, seis en total) y obras muy disímiles, como las que presentaron el grupo Balé de Rua, de Minas Gerais, y Quasar, de Goiás. Ambos fueron una prueba del alto nivel y la gran personalidad de la danza brasileña. El caso del Balé de Rua es verdaderamente singular: la compañía nació hace diez años en la ciudad de Uberlandia, a partir de los grupos de danza callejera (como el hip-hop o el break-dance), y sus integrantes provienen de medios de condición muy modesta (hay ex aprendices de cocina, ex empleados de gasolineras, ex ayudantes de albañil). Sus directores son el alguna vez psicólogo Fernando Narduchi -que proviene de una experiencia en iniciativas culturales en barrios de Uberlandia- y el coreógrafo y ex albañil Marco Antonio Garcia, un artista formidablemente intuitivo que creó, a partir de un poema de Drummond de Andrade, la excelente *E agora José?*.

Pocos días antes del comienzo del festival, Guy Darnet decía en una entrevista publicada en la revista francesa *Danser*: "Los latinoamericanos han estado presentes en Europa en los momentos más negros de su historia. Su sentimiento es que después los hemos olvidado y sólo su literatura ha estado siempre. Pero en el terreno de la danza, si se exceptúa Brasil, hay muy pocas presentaciones latinoamericanas y la mayoría de sus compañías son prácticamente desconocidas aquí. ¿Razones? El primer problema tiene que ver con las condiciones de trabajo de estas compañías. La posibilidad de crear nuevas obras con la ayuda de patrocinadores sólo se da de tanto en tanto, y después no es fácil difundirlas; en ese sentido, América Latina no es un mercado. La segunda razón es que nosotros, los europeos, estamos dominados por una especie de pensamiento único del que los latinoamericanos no forman parte. Para mi sorpresa, encontré allí numerosas compañías y un alto nivel en la enseñanza de la danza y en la formación de los coreógrafos. Y lo más asombroso fue su modernidad. Se tiende a imaginar a Latinoamérica como inscrita en el pasado y es todo lo contrario".

Es preciso establecer diferencias, sin embargo, en lo que concierne a las condiciones de trabajo de cada país: Venezuela y México destinan oficialmente a la danza independiente una significativa ayuda económica y también podría hablarse de algo similar en Costa Rica. En Brasil la situación es relativamente parecida, aunque los aportes provienen de las empresas privadas, tal como lo estableció la ley de mecenazgo de la década del ochenta. En el resto de los países de América Latina el apoyo oficial o privado es errático y en general escaso. En cuanto a los demás aspectos de su descripción, Guy Darnet no exageraba: existe en la región un alto nivel de maestros, coreógrafos y bailarines, una actividad muy intensa y una decidida y fructífera adhesión a los lenguajes contemporáneos. •

La compañía Quasar tiene su sede en la ciudad de Goiania, capital del inmenso aunque no demasiado poblado estado de Goiás, en el centro de Brasil. En ese suelo provinciano nació este conjunto que hoy no sólo es muy exitoso en su país sino que ya posee una importante agenda internacional. Quasar llevó a Lyon *Coreografía Para Ouvir*, una obra extraordinaria del coreógrafo Henrique Rodovalho, responsable también de las dieciséis obras que componen el repertorio de la compañía. La siguiente es una entrevista a Vera Bicalho, directora artística de Quasar.

¿Existía en Goiania una tradición de danza contemporánea cuando ustedes crearon Quasar?

No, no se puede hablar de una tradición: había algunas personas con inquietudes trabajando con otros estilos de danza. Yo había integrado un grupo que se llamaba Energía, en el que todos habíamos sido alumnos de un profesor cuya visión iba más allá del ballet clásico.

Henrique Rodovalho es el coreógrafo excluyente de Quasar, ¿cuál fue su formación?

Antes de Energía, Henrique no había tenido contacto con la danza. Era atleta y deportista; practicaba yudo, vóley e hizo la carrera de educación física. Fue entonces que comenzó a acercarse a la danza. Hacia los años ochenta, empezó a crear pequeñas coreografías, pero se mudó a Río de Janeiro y pasó dos años allí. Cuando regresó a Goiania le dije: "Henrique, tengo un espacio para ensayar, queremos bailar y está faltándonos un coreógrafo". Desde el principio queríamos que fuera un trabajo profesional y poder vivir de él. No fue fácil, llevó seis años y mucho esfuerzo; trabajábamos afuera, en otras actividades, para poder mantenernos.

¿Las obras que creó Henrique para Quasar reconocen una línea estética homogénea?

No, le interesa mucho diferenciar un trabajo de otro. Pero hay un trazo característico en él: la intensidad física. Sin embargo, ahora está elaborando una obra nueva que se aparta de todo lo que venía haciendo.

Los bailarines de Quasar tienen condiciones físicas excepcionales. ¿Cómo los eligen?

Su entrenamiento diario es de danza clásica y de técnica Pilates, pero para entrar a la compañía ya deben tener una muy buena base clásica. El trabajo técnico sobre el lenguaje de Henrique se desarrolla en los ensayos, en la investigación. Trabajan seis horas diarias: una hora y media de clase y el resto de ensayos, discusión y análisis de la obra. Henrique crea mucho sobre el propio cuerpo del bailarín.

Después de la función de Coreografía Para Ouvir, escuché a algunos críticos hablar de la influencia de la capoeira en el vocabulario de Henrique, ¿usted qué opina?

No, no lo veo así. Quizás ese tipo de interacción de movimiento entre dos personas, que pasa por el suelo... Este espectáculo tiene mucho uso del suelo. Pero la capoeira es muy natural en Brasil; no encuentro que aparezca particularmente aquí.

Resulta curioso ver cuán contemporáneo es el trabajo de ustedes y a la vez cuán brasileño.

Muchas críticas destacan precisamente que es un lenguaje muy propio, sin influencias europeas. Quizás la circunstancia de vivir distanciados de los grandes centros como Río de Janeiro o San Pablo, donde es posible ver estos espectáculos, nos ayudó a no sufrir influencias. Es cierto que es un trabajo muy particular, pero también la investigación física y temática tiene que ver con las condiciones que se viven en nuestro país. La violencia, las relaciones interpersonales, las escenas cotidianas, la arquitectura de la ciudad, el cine, las personas que pasan, Henrique asimila toda esa información audiovisual y la transforma en ideas para una nueva obra.

La Bienal destina una parte de su presupuesto a pagar la producción de obras creadas por coreógrafos franceses radicados en la región a la que pertenece Lyon, quienes deben tomar obligatoriamente, aunque de manera muy libre, el tema de la edición en cuestión. Este año, la gran diversidad que la sola mención de la palabra Latinoamérica sugiere fue enfocada desde seis perspectivas distintas: Annick Charlot creó su pieza *Resistencia* inspirándose en el testimonio de un detenido político durante la última dictadura militar argentina. Los italianos residentes en Francia Marina Bladini y Gaetano Battezza fueron los responsables de *Festa*, cuyo tema era el carnaval como ritual característico de varios países latinoamericanos. Sophie Tabakov creó el solo *El laberinto*, un homenaje a los antiguos indios Nazca del Perú y a sus gigantescos diseños, que sólo pueden verse desde el aire. Denis Plassard, junto con un fotógrafo, un compositor y un escritor también franceses, puso en escena una obra, *Montevideo*, en la que participaron seis bailarines uruguayos y que configura una peculiar cita de la ciudad, nacida de la evocación de los propios intérpretes. Gilles Brinas y Sylvie Peron presentaron un dúo llamado *Bar Union*, en el que, acompañados por la única presencia de un bandoneonista, recrearon a su manera la difundida idea de que el tango es un pensamiento triste que se baila. Finalmente, Maguy Marin, en su *Les applaudissements ne se mangent pas*, construyó una pieza ascética e impactante sobre las ideas de vigilancia, sospecha y temor, tristemente familiares para quienes hemos vivido las dictaduras de esta parte del mundo.



JORGE DICIERVO
s/t
Acrílico sobre tela, 100 x 80 cm, 1999

FICCIONES AL SUR

Realidad virtual, videojuegos, ciberespacio, robótica: la ciencia ficción ya no es un simple género literario que construye símbolos y escenarios futuristas, sino que ha invadido la vida cotidiana de los hombres y el imaginario social. En la Argentina, pese a las dificultades de un mercado restringido, el género ha encontrado una de sus formulaciones más originales, abrevando en la mejor tradición de la literatura fantástica.

por **PABLO CAPANNA** escritor y crítico literario

Todos creen saber de qué trata la ciencia ficción: si les preguntamos hablarán del futuro, los extraterrestres, las naves espaciales o los robots. Los teóricos, en cambio, están cada vez menos seguros, desde el momento en que existen disciplinas como la futurología, la xenobiología, la astronáutica o la robótica, que ya dejaron el mundo de la fantasía para ingresar al del conocimiento. Los límites del género han dejado hace tiempo de ser precisos.

En realidad, los editores norteamericanos de revistas que crearon el rótulo "ciencia ficción" hace casi ochenta años no hicieron otra cosa que trivializar la noble tradición utópica europea, que se remonta a Kepler y Thomas More.

También contribuyeron a estigmatizarla como subliteratura, ya que antes que ellos nadie hubiera pensado en encasillar en un género "popular" a escritores como Julio Verne o H.G. Wells.

La ciencia ficción se afianzó como narrativa de género, pero con el andar del tiempo acabó por invadir toda la literatura fantástica, al punto que hoy se hace difícil diferenciarlas. También se apoderó del cine, en cuanto los efectos especiales y la "realidad virtual" permitieron crear ilusiones convincentes.

En este proceso, sus símbolos terminaron por arraigar en el imaginario social y conformar nuestra visión del futuro. Hoy afloran por todas partes: en el entretenimiento, la publicidad, el arte, la música popular, la cultura juvenil y los videojuegos, la política tecnocrática y la imaginación económica, en más de un proyecto de investigación científica y en no pocas pseudociencias. Los descubrimos en la arquitectura (basta pensar en Brasilia) y se diría que hasta la religión ha sufrido su impacto, si reparamos en creencias como la cienciología, el mito ovni y tantas sectas que han crecido en su seno.

Del mismo modo, algunas palabras que todos usamos, como "astronáutica" (Rosny), "televisión" (Gernsback), "robot" (Capek), "robótica" (Asimov) y "ciberespacio" (Gibson) han nacido en el ámbito de la ciencia ficción. Los astrónomos que cartografiaron la cara oculta de la Luna, Marte o Venus, apelaron a ella como los conquistadores de América recurrían a sus novelas de caballerías.

Desde el comienzo, la ciencia ficción norteamericana asumió un rol hegemónico tan marcado como el que tuvo Hollywood en el cine. Impuso a sus autores en todo el mundo, eclipsando o asimilando las corrientes europeas y relegando a un segundo plano a los escritores de otras latitudes. De estos últimos, sólo unos pocos -como los rusos Arkadi y Boris Strugatski, el polaco Stanislaw Lem o los franceses René Barjavel y Pierre Boulle- alcanzaron la fama, y esto sucedió cuando fueron traducidos al inglés.

Desde este extremo del continente, hemos conocido todas las tendencias y modas de la ciencia ficción. A través de los años, hemos llegado a frecuentar desde las obras perdurables hasta los productos meramente comerciales.

En América Latina abundan los lectores (y también los fanáticos) del género, pero no ocurre lo mismo con los escritores. Es probable que esto se deba a las circunstancias de nuestra cultura, donde la ciencia y la tecnología no desempeñan un papel importante, pero sobre todo a las dificultades de difusión, que ahuyentan a más de un escritor potencial. De hecho, si comparamos algunos de los autores surgidos en nuestras efímeras publicaciones con los modestos productos de la industria editorial española, generosa a la hora de editar, diríamos que el principal problema no está en la falta de creatividad sino en el acceso a los mercados.

El Sur del Norte

¿Cómo nos ve la ciencia ficción norteamericana? En la corriente dominante del género, América Latina tiene escasa presencia. Tal como ocurre con el cine de Hollywood, *South America* es apenas lo exótico, un lugar selvático y peligroso donde ocultar siniestras maquinaciones, como en *Los niños del Brasil* de Ira Levin (1976).

No faltó algún autor que, quizás en busca de exotismo, llegó a imaginar un futuro donde Brasil sería la mayor potencia mundial. En los años cincuenta, el norteamericano Lyon Sprague de Camp imaginó la conquista brasileña de la galaxia y la tituló (en portugués) *Viagens Interplanetarias* (1953).

Menos suerte tuvimos los argentinos, que cargamos con muchos estereotipos y no poca desinformación. En *Tropas del espacio* (1959), la novela militarista de Robert A. Heinlein (recientemente llevada al cine como *Invasión*), el protagonista es un coronel porteño llamado Rico (¿!), quien llora cuando se entera de que los alienígenas acaban de aniquilar a su Buenos Aires querido.

Philip K. Dick, uno de los maestros del género, se declaraba admirador de Borges. Pero cada vez que en sus obras menciona a la Argentina es para aludir a conspiraciones nazis, al peronismo y al militarismo. Irónicamente, uno de sus personajes se convencía de que el mundo había vuelto a la normalidad cuando escuchaba en la radio que había tenido lugar un golpe de Estado en la Argentina...

El Norte del Sur

Pese a su condición periférica, algunos escritores latinoamericanos han logrado abrirse paso e imponer su creatividad en el ámbito internacional, como el brasileño André Carneiro, el chileno Hugo Correa, el uruguayo Mario Levrero y la argentina Angélica Gorodischer.

Sus obras reflejan una visión del género bastante distinta de la convencional. Los puristas objetarán a Levrero que practica una suerte de surrealismo, o a Gorodischer (admirada por figuras tan prestigiosas como Ursula K. Le Guin) que suele soslayar la tecnología para narrar historias más afines a las *Mil y una noches* que a Isaac Asimov. De todos modos, actualmente existen corrientes análogas en todo el mundo.

En general, estos escritores dan por sobreentendidas las convenciones del género: no necesitan describir los robots o las naves espaciales, porque escriben para una generación de lectores que está ampliamente familiarizada con ellos. La libertad que hoy les ofrece el género les permite rivalizar con escritores que están más ligados al mundo de la ciencia. Es que, en definitiva, de lo que se trata aquí es de hacer literatura, y es inevitable que siempre que se imagina el futuro se esté hablando del presente. Así lo han entendido incluso aquellos autores con formación científica que han incursionado en la ciencia ficción.

Tangos de la galaxia

En este proceso de "mestizaje" de la ciencia ficción los argentinos fueron pioneros con la revista *Más Allá* (1953-1957), la primera publicación de importancia nacida en América Latina. Su *alma mater* fue el guionista Héctor G. Oesterheld, quien más tarde nos daría una historieta mítica, *El Eternauta*. Para muchos fue la cumbre de la ciencia ficción argentina, o por lo menos la primera producción que adaptó sus temas y situaciones a un contexto local.

En ese tiempo también surgieron en Buenos Aires las ediciones *Minotauro*, que impusieron criterios de calidad superiores incluso a los que ofrecían las publicaciones francesas de la época; desde entonces ejercieron un reconocido magisterio en todo el mundo de habla hispana.

Veinte años más tarde la Argentina volvió a sorprender con otra revista "de culto", *El Péndulo* (1979-1991), que educó el gusto de una nueva generación de lectores, dio a conocer a escritores como Gorodischer y Carlos Gardini y desarrolló todo un estilo. En esos años, el crítico sueco Sam Lundwall llegó a calificarla como la mejor revista de ciencia ficción del mundo.

El Péndulo no hacía otra cosa que retomar y enriquecer la tradición fantástica argentina de Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones, Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares (una de cuyas novelas, *La invención de Morel*, quizá sea la mejor obra de ciencia ficción que se haya escrito en la Argentina, por lo menos en la tradición clásica de Wells).

Aun corriendo el riesgo de encasillar en un género a un autor *sui generis* como Borges, recordemos que fue uno de los primeros que trató con respeto a la ciencia ficción cuando el mundo académico la ignoraba, y tocó temas afines a ella en cuentos como "Funes el memorioso" o "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius".

William Gibson, uno de los mayores astros de la ciencia ficción actual (gracias a él contamos con la palabra "ciberspacio"), confiesa que decidió hacerse escritor después de leer un cuento de Cortázar, cuando era muy joven y vivía en un remoto pueblo de Carolina del Sur.

El reciente cine argentino también nos ha dado interesantes películas del género, como *La sonámbula* y *Moebius*. Su inconfundible clima borgeano nos hace pensar que no podrían haberse hecho en otra parte, y demuestran que no es imprescindible disponer de alta tecnología para hacer buen cine fantástico.

Se diría que el Sur también existe, y no deja de soñar, aun cuando recurre a las herramientas de un género nacido en climas tan distintos. •



EI SECUESTRADOR

Onibus 174, un documental del brasileño José Padilha, reconstruye con rigor y una potencia emocional inusitada el episodio de un joven que mantuvo secuestrados a diez pasajeros de un ómnibus de línea durante cuatro horas. Si bien la elección del tema -la marginalidad juvenil asociada con el delito- acerca este documental al exitoso film Ciudad de Dios, el tratamiento de la violencia que propone el realizador sugiere una convicción estética y ética por completo diferente.

J. A.

por **HORACIO BERNADES** crítico cinematográfico

Décadas de políticas progresistas, redistribución de la riqueza y asistencialismo social serán necesarias para revertir la situación. Por ahora, las heridas más largamente enquistadas en el cuerpo social siguen allí, incólumes, como llagas que el arrasamiento neoliberal dejó en él. Aunque duela pronunciarlas, palabras como miseria, marginalidad, exclusión, violencia sistémica, infancia desvalida, criminalidad juvenil y corrupción siguen siendo consustanciales al léxico social de la región. Como no podía ser de otro modo, esas palabras han pasado también al lenguaje cinematográfico del subcontinente.

Desde que Luis Buñuel consumó ese hito de la crudeza social cinematográfica que fue y sigue siendo *Los olvidados* (México, 1950), el cine latinoamericano ha dirigido con cierta frecuencia su mirada sobre alguna o varias de esas lastimaduras de lo real. Lógica consecuencia del cruce que se produce entre una sociedad en la que esos males suelen aparecer de la forma más virulenta y un alto desarrollo de la cinematografía nacional, el cine brasileño es, dentro de la región, uno de los que más reiteradamente ha abordado esas heridas sociales. Sobre todo, las relacionadas con la infancia urbana. Más allá de las consideraciones éticas y estéticas que puedan merecer, allí están hitos como *Pixote* (Héctor Babenco, 1980) y las recientes *Ciudad de Dios* (F. Meirelles y K. Lund, 2002) y *Carandirú* (Babenco, 2003) para confirmarlo.

Aunque sus lazos con la realidad no sean escasos ni poco dramáticos (en uno de los más macabros ejemplos sobre las continuidades entre ficción y realidad, el adolescente que hizo de protagonista en *Pixote* murió acribillado por la policía, poco después de finalizar el rodaje), es paradójico que todas las películas nombradas sean ficciones, cuando se supone que debería ser el documental el género más adecuado para abordar esa clase de cuestiones. Un reciente documental brasileño viene a recoger ese guante, y lo hace no sólo con la honestidad, el compromiso con el tema, el cuidado en la investigación y el rigor expositivo que deben pedírsele al género, sino además con un poderío dramático y emocional devastadores, efectos más frecuentemente asociados con films de ficción que con el documental.

Se trata de *Onibus 174*, titánica realización de José Padilha (Río de Janeiro, 1967), que a lo largo de dos horas (en un primer corte, el film duraba casi media hora más) vuelve sobre un incidente policial que tres años atrás tuvo en vilo al Brasil entero. Lo que se propuso el realizador fue arrancar ese episodio de la crónica roja (tan proclive a punitivas interpretaciones fascizantes) y devolverlo a las aguas menos calmas de la responsabilidad social y comunitaria. El hecho en cuestión ocurrió el 12 de junio de 2000 y fue transmitido en directo por la televisión brasileña, en tiempo real y sin interrupciones, a lo largo de cuatro horas y con una audiencia estimada en 35 millones de televidentes. Un muchacho de 21 años, criado en la calle y armado con una .38, tomó un ómnibus de línea (la línea 174, de allí el título) y mantuvo secuestrados a diez pasajeros, a punta de pistola y bajo amenaza de muerte. Cámaras, reporteros de televisión y medio centenar de policías de elite mantenían rodeado el vehículo mientras intentaban negociar con el secuestrador, al tiempo que francotiradores apostados en las inmediaciones no apartaban la mira de su cráneo.

El hecho terminó tan mal como era de presumir, con el asaltante y una de sus rehenes heridos de muerte. Tras la súbita conmoción nacional, al día siguiente la televisión volvía a su menú de culebrones, *talk shows* y productos enlatados. Era necesario que apareciera un José Padilha para rescatarlo del cómodo olvido. Estrenada en octubre de 2002 en el marco del Festival Cinematográfico de Río de Janeiro, *Onibus 174* fue premiada por un jurado de la crítica internacional como Mejor Film Brasileño del Año. Allí mismo iniciaba un recorrido por festivales internacionales, que lo trajo hasta Buenos Aires y aún continúa.

Dos meses después del lanzamiento de la película, en diciembre de 2002 y a pesar de los abundantes indicios en su contra, los cuatro policías acusados de haber ejecutado al secuestrador minutos después de su captura fueron

declarados inocentes. En ese momento, el *affaire* del ómnibus 174 quedaba definitivamente cerrado.

Hecho y contexto

Cerrado el caso para la justicia, allí está el documental de José Padilha para mantenerlo abierto a la luz pública.

“Yo vi todo por televisión”, dice el realizador. “En ese momento no tomé plena conciencia de su sentido, ya que la televisión mostró el secuestro sin dar ninguna información sobre el secuestrador. Cuando al día siguiente, leyendo el diario, descubrí los antecedentes del muchacho, entonces decidí hacer la película, porque comprendí que el asunto iba mucho más allá del mero hecho policial.” Fue también entonces que Padilha resolvió qué forma debería darle a *Onibus 174*. Por un lado, volver a narrar el hecho, manteniendo la sensación de directo y reutilizando material filmado y desechado por la televisión. Por otro, reconstruir la historia entera del autor, mediante testimonios de parientes, conocidos e informes policiales. Esos dos relatos paralelos se entrecruzan incesantemente a lo largo de la película.

Si ambas líneas narrativas representan un pasaje directo al dolor y el horror, conocer quién es el secuestrador introduce la visceralidad en pleno contexto humano, social y a la larga político. Al tiempo que restituye su singularidad al protagonista, Padilha halla en él, sin forzar jamás su condición emblemática, la cifra de tantos niños y jóvenes arrojados a la calle. Hijo de madre soltera, Sandro Rosa do Nascimento tenía 6 años cuando presenció el degüello y decapitación de su madre -dueña de un pequeño negocio ubicado en la favela del Ratón Mojado- a manos de sicarios. Sandro huyó de allí y ya no volvería a conocer otra casa y familia que no fueran la calle y los que, como él, habían perdido todo.

De allí en más, la secuencia conocida: hambre, mendicidad, falta de contención, delito y refugio en las drogas. Aunque portara armas, Sandro do Nascimento jamás las había disparado sobre nadie. Moriría sin hacerlo.

Sin saber para qué

“Secuestró el ómnibus sin saber para qué. No pedía nada, no reclamaba nada. Eso dificultaba mucho negociar con él”, dice en un momento de *Onibus 174* un capitán de la Brigada de Operaciones Especiales (equivalente carioca del SWAT estadounidense), experto en negociar con secuestradores. En un momento dado, a cambio de la liberación de los rehenes Sandro reclama una granada de mano y un rifle, que más tarde se convierten en dos granadas y dos pistolas .45. Obviamente, las fuerzas policiales no estaban dispuestas a darle ni una cosa ni otra.

Aprovechando las lábiles medidas de seguridad dispuestas por el comandante del operativo, las cámaras de televisión filman desde todos los ángulos y distancias posibles, acercándose peligrosamente al ómnibus estacionado en una de las zonas más exclusivas de Río de Janeiro. Las imágenes son impactantes. Las acciones del secuestrador revelan desconcierto e improvisación. Sandro intenta cubrirse el rostro con una toalla pero lo hace torpemente; la toalla resbala y cae, hasta que desiste y de allí en más enfrenta a los policías a rostro descubierto. De pronto, arrastra a una de las rehenes hasta el asiento del chofer y a punta de pistola intenta hacerla manejar. Más tarde, siempre con la .38 en la sien de su rehén, la obliga a escribir algo sobre una de las ventanillas. “Nos va a matar a todos a las 6”, dice el mensaje. “Está loco y me va a matar.”

Siempre apuntando a una rehén, Sandro se asoma a través de una ventanilla, gritándoles a los policías una mezcla de amenazas, insultos y desafíos. “Contábamos con muchos francotiradores que podían acertarle en la cabeza a esa distancia, pero ver medio kilo de masa encefálica ensuciando una ventanilla no hubiera quedado muy bien en la televisión”, asegura un instructor de la fuerza policial, sin ninguna ironía. “Esto no es una película de acción”, grita Sandro en un momento. “Ustedes son perversos, asesinos, yo sé quiénes son, yo estuve ese día en La Candelaria.” La Candelaria: una iglesia muy paqueta, ubicada en plena zona bancaria de Río de Janeiro, frente a cuyos portones solían juntarse, a comienzos de los noventa, muchos *meninos da rua*. Entre ellos, Sandro, que tenía por entonces 13, 14 años.

Los niños de La Candelaria

Una madrugada de julio de 1993, dos autos particulares estacionaron frente a la iglesia de La Candelaria. “Pensamos que venían a traernos sopa”, comenta una sobreviviente. Pero no se trataba de eso. Varios hombres -a quienes los sobrevivientes identificaron como oficiales de la policía- bajaron y rociaron de balas al grupo de chicos que dormían en la entrada de la iglesia.

Tiempo después de la masacre, una asistente social hizo un relevamiento de la suerte corrida por los setenta ametrallados aquella madrugada: 7 murieron en el acto. De los 63 restantes, 39 fueron asesinados más tarde. Uno de ellos fue Sandro do Nascimento, quien ese 12 de junio de 2000 le dio a la policía, sin saberlo, la mejor oportunidad de saldar, siete años más tarde, aquella deuda pendiente.

Según estadísticas, sobre una población total de 60 millones de niños brasileños, la mitad vive en estado de pobreza, y tres cuartos del total no finalizan la escuela primaria. Aunque los célebres Escuadrones de la Muerte de los años sesenta y setenta no existen con ese nombre desde hace décadas, los fusilamientos de niños siguen siendo moneda corriente en Brasil. “La gente lo aprueba”, dice la asistente social consultada en *Onibus 174*. “Cuando se hace alguna estadística sobre el tema de los *meninos da rua*, la mayoría de los encuestados se manifiesta a favor de las ejecuciones”, confirma José Padilha. “¡Mátenlo, mátenlo!”, es el clamor masivo que se oye sobre el final de *Onibus 174*, cuando Sandro decide entregarse finalmente a la policía.

La policía cumple con el pedido, aunque sin hacer alarde de eficiencia. Primero, un agente dispara sobre Sandro,

en el momento en que éste retiene a una rehén contra su cuerpo. La que cae muerta es la rehén. Enseguida, los uniformados meten a Sandro en un patrullero y allí se produce el presunto forcejeo que terminará con el secuestrador muerto por estrangulamiento. "Allí se cerraba el círculo: Sandro, que había sobrevivido a la masacre de La Candelaria, era ajusticiado siete años más tarde; era como si la policía hubiera querido, finalmente, reparar aquel 'error'", señala un testimoniante de *Onibus 174*, con amarga ironía.

Dejen hablar a la historia

Necesariamente, toda película que intente testimoniar la violencia se enfrenta con un problema ético que no difiere demasiado de la clase de dilema que día a día debe afrontar todo cineasta, sólo lo agudiza. Cómo mostrar la violencia, cuánto mostrar de ella, para qué hacerlo y desde qué lugar son preguntas que el cineasta responsable se hará, tarde o temprano.

"No tuve muchas dudas durante el rodaje", asegura Padilha. "Estaba convencido de la importancia de contar esas dos historias (el secuestro en sí y la historia personal de Sandro) del modo más objetivo posible, sin ninguna clase de juicio moral, prejuicio ideológico o programa político. Creo que la historia habla por sí misma de cuestiones que van más allá de ella, tales como la producción de la violencia por parte del Estado. No soy yo quien habla de eso, sino la historia que narro. Yo lo único que hice fue encontrar una forma de contarla."

No hay más que comparar *Onibus 174* con *Ciudad de Dios*, el film de Fernando Meirelles y Katia Lund que llegó hasta las puertas del Oscar, para encontrar dos modelos estéticos en relación con el tratamiento de la violencia social en el cine, que son en el fondo dos posturas éticas divergentes. Basada en una extensa novela de Paulo Lins, *Ciudad de Dios* es una ambiciosa saga que aspira a narrar las mutaciones de la criminalidad carioca desde los años sesenta hasta el presente, con una de las más gigantescas favelas de Río por escenario central. Al tomar como modelo notorio el cine de gánsters estadounidense (desde *Érase una vez en América* hasta *Buenos muchachos*), Meirelles y Lund arrancan a sus personajes del ámbito de lo real para colocarlos en el del mito, empujando así al espectador a un modo de recepción propio de otras modalidades de consumo cinematográfico.

Todo ese procedimiento de desrealización se ve completado por el recurso a una apabullante maquinaria audiovisual, propia de esos perfectos dispositivos de ilusión, mistificación y glamorización que son el cine publicitario y el videoclip, áreas en las que los realizadores se formaron. Como resultado de ello, *Ciudad de Dios* promueve la sensación de haber visitado un planeta lejano, fascinante y, en el fondo, infinitamente deseable. Eso no tendría nada de malo si no fuera porque ese planeta es en realidad próximo y espantoso. En él, la vida humana vale tanto como lo que cuesta la entrada para ver la película.

Por el contrario, del film de Padilha no puede salirse de otro modo que no sea perturbado, shockeado, profundamente conmocionado, con la íntima certeza de haberse enfrentado a un problema gravísimo y de remota solución. Nadie que haya visto *Onibus 174* será el mismo cada vez que se cruce, en cualquier capital latinoamericana, con esos chicos que en las esquinas hacen malabarismos con pelotitas, esperando ser vistos y reconocidos justamente por aquellos que no están dispuestos a hacerlo. •



CARLOS ALONSO LA PINTURA Y LA POLÍTICA

“Yo soy nacido en el ‘29, justo un año antes del primer golpe de Estado y he sentido la presión, la discontinuidad y la necesidad de hacer reflexiones -no solo pictóricas sino también militantes- sobre la temática del poder.”

CARLOS ALONSO
Inauguración
Óleo sobre tela, 200 x 600 cm, 1978 / 95

por LAURA MALOSETTI COSTA historiadora de arte

El 12 de junio de 2003 Arte BA, una de las ferias artísticas más importantes de Latinoamérica, se inauguraba oficialmente en Buenos Aires con una escena fascinante. Altas autoridades argentinas (el vicepresidente Daniel Scioli, el ministro de Cultura Torcuato Di Tella) estuvieron allí cortando la cinta celeste y blanca junto al presidente de Arte BA, Andrés von Buch y otros directivos de la Fundación. La ceremonia se desarrollaba frente al stand de Roxana Olivieri -premiado como el mejor de la edición 2003 de la feria- mientras Carlos Alonso, autor de la única obra exhibida en ese stand, se empeñaba en tomar fotografías. Es que, más allá de toda ironía o connotación simbólica que pueda encontrarse en ella, la imagen de esa ceremonia resulta inolvidable: el inmenso cuadro de Alonso (más de seis metros de largo por dos de alto) frente al cual todo esto ocurría era, precisamente, *Inauguración*.

La obra, pintada en acrílico y óleo sobre tres paneles de tela yuxtapuestos de aproximadamente dos metros por dos, es la más extensa que haya realizado Alonso. Extensa tanto en el espacio (tiene las dimensiones de una pintura mural) como en el tiempo: el artista estuvo trabajando en ella entre 1978 y 1995. No sólo sus dimensiones invitan a considerar esta pintura como un mural, hay en ella una vocación narrativa rara vez tan explícita en la obra de este artista, aún en sus momentos de mayor tensión crítica. Sin abandonar nunca una figuración que por momentos asume el carácter de una denuncia feroz, Alonso ha mantenido un constante diálogo crítico con la tradición de la pintura occidental. Sus citas, reapropiaciones, resignificaciones de obras canónicas (desde las lecciones de anatomía de Rembrandt a *Sin pan y sin trabajo* de Ernesto de la Cárcova), reactivan los poderes de configuraciones visuales instaladas en la memoria potenciando la densidad evocativa de sus imágenes.

En *Inauguración* es posible percibir un diálogo de Alonso consigo mismo. Hay en esa tela una gran cantidad de presencias y resonancias que remiten a diferentes momentos de su propia producción. Desde *La muerte del Che* (1978) y los *Inventarios* (1979) hasta la serie *Manos Anónimas* de 1986 o el *Baile en el viejo teatro* (1993). Pero también parece retomar en ella la gran tradición del muralismo mexicano, y en particular el tono entre mordaz y trágico del menos optimista de aquellos pintores de grandes ciclos revolucionarios: José Clemente Orozco.

Hay un orden simbólico en esta obra que se despliega en dos registros claramente separados por la cinta argentina. La distribución de la luz y el color refuerzan una figuración trabajada en ambos de modo bien diverso. Como en la *Divina Comedia* de Dante, la zona más poderosa e interesante desde el punto de vista plástico se desarrolla en el infierno. El orden rigurosamente simétrico que el artista organiza en torno a la imagen emblemática de la riqueza material en la mitad superior de la tela se apoya -visual y materialmente- en el caos y la destrucción que despliega en la oscuridad de la parte inferior. Fragmentos de objetos cotidianos, juguetes, libros destrozados aluden inequívocamente a la devastación -de vidas, de valores- producida por el terrorismo de Estado en la Argentina, aunque la imagen del cadáver del Che Guevara en el extremo inferior derecho (el sitio de mayor peso compositivo) otorga una dimensión continental a este gran cuadro que bien puede considerarse como una alegoría que excede toda narratividad histórica. No está de más, sin embargo, recordar que esta obra fue comenzada en 1978, cuando el artista se hallaba exiliado, poco después del secuestro y desaparición de su hija Paloma, y fue concluida en 1995, en plena década menemista, cuando la aplicación de recetas neoliberales, el derroche y la corrupción empujaban al abismo a cientos de miles de ciudadanos argentinos.

Carlos Alonso nació en Tunuyán, provincia de Mendoza, y desde 1982 -luego de varios años de exilio europeo- vive y trabaja en su casa taller en Unquillo, Córdoba. Muy cerca de allí pasó sus últimos años Lino Enea Spilimbergo, quien fue su maestro en Tucumán en 1950 y dejó en él una marca indeleble. “Spilimbergo había anunciado la creación de una escuela muralista -recuerda Alonso en 1982 en un diálogo con Marta Scuderi para *7 Días*- . Varios jóvenes formamos un equipo de trabajo.” Lo esencial de aquel aprendizaje fue para él nada menos que el ejercicio de la libertad como artista.

En 1967, tres años después de la muerte del maestro, Alonso le dedicó una extraordinaria serie de cuadros que,

lejos de presentar una imagen estereotipada o simplemente celebratoria de un "héroe del color", hurgaban profundo en un mundo de contradicciones. En ellos la decadencia física del cuerpo enfermo del artista es acariciada, com/padecida por la mirada del discípulo que ubicaba a su vez con precisión, en la luz azul de su mirada, un dolor sublime. Esos 43 acrílicos y *collages*, expuestos con el título *Todo Lino* aquel mismo año en la Art Gallery International, significaron para Alonso su alejamiento definitivo del Partido Comunista a raíz de la polémica que suscitaron. Pero fueron mucho más que eso. En realidad esa serie puede pensarse como una bisagra en su producción, el comienzo de una reflexión larga y productiva que encarnaba, en la muerte y transfiguración del maestro, su primera y fuerte reivindicación del oficio ante el pregón de la muerte de la pintura. Es que fue entonces, entre las pretensiones de un realismo edificante por parte de unos y la impugnación total de la pintura de pincel y caballete por otros, que el artista maduró un lenguaje propio y renovador que lo ha llevado, a lo largo de su extensa carrera artística, a la exploración no sólo de los materiales y técnicas del dibujo y la pintura, el *collage* y la escultura, sino también de la historia del arte, sus imágenes emblemáticas y sus relatos. Alonso ha seguido reflexionando sobre el hacer del artista, sobre esa doble dimensión de sufrimiento y fuerza sobrehumana que encuentra allí y parece fascinarle. Surgen más adelante, en este sentido, sus series de obras sobre Courbet, Van Gogh, Egon Schiele, Monet, Renoir, sus evocaciones de Rembrandt. Las mesas de trabajo -plenas de lápices, pinturas, tarros, herramientas de dibujo, manzanas- la de Courbet, la suya propia, son un motivo recurrente que pone en imágenes su convicción de que el oficio ofrece siempre nuevas posibilidades y desafíos. *Entretelas*, un óleo sobre madera de 1995, aparece como un gran homenaje, increíblemente abigarrado de guiños y referencias, al oficio emblemático en pintores, modelos, telas y caballetes.

La otra dimensión insoslayable en la obra de este artista es la política. Desde una exposición temprana de dibujos en la galería Antígona en 1955, hasta los pasteles realizados en la década de 1990 (*Pasajeros al primer mundo o Un milagro*) e *Inauguración*, la producción de Alonso se ubica en un lugar de fuerte intervención crítica desde las imágenes, en una relación constante, tensa y por momentos crispada, con las tragedias de la historia argentina reciente que le ha tocado vivir a lo largo de su vida.

En sus series de los primeros años '70 Alonso trabajaba en un registro hasta cierto punto distanciado e irónico, apropiándose y resignificando las célebres lecciones de anatomía de Rembrandt para denunciar, primero la tortura de los presos y luego el asesinato del Che en Bolivia. En esos mismos años comienzan sus series de cuadros dedicados a la carne (*Hay que comer, Carne de Primera y Estancieros*) en las que despliega imágenes de personajes opulentos y siniestros superpuestas con trozos sanguinolentos de animales desollados. En la serie *El ganado y lo perdido* de 1976, sin abandonar del todo la ironía, despliega una serie de imágenes terribles y premonitorias. Pero es desde el exilio, al enterarse de la desaparición de su hija Paloma, que la pintura de Alonso alcanza su dimensión más terrible, en series de imágenes (*Silencio P., Manos anónimas*) en las que el sufrimiento ya no permite distanciamiento alguno sino que pasa de escenas indecibles de violencia sobre el cuerpo femenino adolescente, a involucrarse cruelmente a sí mismo en autorretratos heridos de muerte.

Es, sin embargo, la pintura la que salva a Alonso del naufragio. El ejercicio sistemático de un arte que no sólo le ayuda a vivir, sino que le permite vincularse nuevamente, no ya con la ciudad que abandonó definitivamente sobreimprimiendo la palabra "Fin" al paisaje urbano antes de partir al exilio, sino con la naturaleza, la que comparte con la memoria del viejo maestro allá en Unquillo. •



MURGA JOVEN EN MONTEVIDEO

El proyecto municipal de formar murgas juveniles en distintas zonas de Montevideo contribuyó de manera decisiva a revitalizar el género, integrando el espíritu experimental de los nuevos murgueros con las raíces olvidadas de la tradición.

Murga La Catonga. (Archivo TUMP)

por **GUILHERME DE ALENCAR PINTO** músico e investigador

Las últimas tres gestiones culturales de la Intendencia Municipal de Montevideo han logrado incidir profundamente en la vida musical de la ciudad, con resultados pocas veces obtenidos, que superan incluso los emprendimientos de gobiernos nacionales. Esto fue posible mediante proyectos creativos y de bajo costo, condiciones esenciales teniendo en cuenta la situación empobrecida del Uruguay y el hecho de que buena parte del presupuesto correspondiente está asignado a las costosas vertientes tradicionales de la actuación municipal en música (orquesta sinfónica, banda, conservatorio, teatro de ópera).

Uno de los proyectos más llamativos es Murga Joven, que partió de una iniciativa del Taller Uruguayo de Música Popular (TUMP), institución fundada en 1983, y fue realizado con la coordinación docente de Julio Brum, músico y pedagogo, dueño de una privilegiada perspectiva cultural.

Una vez dispuesta la financiación del proyecto por la Intendencia, se organizó un llamado abierto y se recibieron pedidos para la formación de talleres de murga, que provinieron de colegios, centros comunales y juveniles, cooperativas y gremios. Posteriormente esos pedidos fueron seleccionados, y en 1995 empezaron a funcionar cinco talleres de murga para jóvenes, gratuitos y sin requerimiento de trabajos previos, coordinados por murguistas con experiencia. Al año siguiente los talleres ya eran diez. El crecimiento no se detuvo y las consecuencias de la iniciativa superaron cualquier expectativa.

Contexto

La murga es un género musical-teatral carnavalesco. La versión uruguaya es completamente distinta de la originaria murga española y de su "prima" argentina. Cada año las murgas preparan sus respectivos repertorios de cuarenta y cinco minutos de duración y actúan en escenarios de la ciudad durante las noches del carnaval (que en Montevideo dura cerca de un mes y medio, por lo que se dice que es el más largo del mundo). Actúa un coro con unos quince cantantes-actores, acompañado de tres percusionistas (bombo, platillos y redoblante), con un director al frente. Se presentan con la cara pintada y trajes elaborados, casi siempre muy coloridos. Tradicionalmente, los textos son satíricos y comentan aspectos de la actualidad. El tono cómico, pícaro, festivo y ruidoso predominante no excluye momentos serios, conceptuales, introspectivos, épicos o dramáticos. A veces se compone música especialmente para la ocasión, pero en general el repertorio recupera melodías más o menos conocidas agregándoles textos nuevos. Interpretada por una buena murga, cualquier canción, independientemente de su origen, se convierte en una pieza murguera caracterizada por la emisión vocal latosa, técnicas de percusión únicas del género y ciertos gestos rítmicos y armónicos característicos.

Dadas las peculiaridades de la sociedad uruguaya y la relación que mantiene con su propia cultura, se puede decir que, pese a su arraigo y difusión, la murga es desconocida por amplios sectores de la población (especialmente los de alto poder adquisitivo), y que si bien despierta cariño masivo éste no conlleva necesariamente prestigio o respeto. Por ejemplo, es muy común la idea de la murga como un género informal, cuya gracia residiría parcialmente en el hecho de que los murguistas "cantan mal". Casi todas las valoraciones del fenómeno destacan su carácter de tradición -acervo donde se buscan las raíces, pero donde difícilmente se construye el futuro-. En los últimos decenios se produjo un proceso de avergonzamiento que impulsó a varios murguistas a "subir el nivel". Por esa razón, los textos se volvieron más conceptuales y politizados, pero también salieron a la luz aspectos lamentables: la virtual extinción de una forma específica de emisión vocal que actualmente sólo se puede apreciar en discos, y su sustitución por el impostado estilo "melódico-internacional". También los criterios peculiares de arreglos de coros a la antigua (con aspectos similares a cierta polifonía medieval) fueron suplantados por otros más "normales", "bien educados".

Algunas experiencias

Durante los talleres quedaron en evidencia las potencialidades del género murguero como herramienta de trabajo social integrador y como llave liberadora de la necesidad expresiva de los individuos y las colectividades. Si comparamos la murga con una banda de rock (ámbito más inmediatamente asociado a la "juventud"), se pueden

apreciar las siguientes ventajas:

- La murga convoca mucha más gente arriba del escenario, a la que se suman los colaboradores creativos (letristas, vestuaristas, coreógrafos, maquillador, etcétera).
- Aunque existen murguistas virtuosos, por lo general se pueden adquirir las aptitudes para participar en una murga de calidad aceptable con menos tiempo y esfuerzo que los necesarios para aprender a tocar el bajo, la guitarra o la batería en un grado satisfactorio.
- No es imprescindible componer, ya que el repertorio se basa en la parodia.
- La naturaleza misma de la murga permite que se luzcan, si no todos, por lo menos varios de los integrantes del grupo. Hay espacio para aptitudes muy diversas: buena voz, liderazgo, buen oído, habilidad manual, talento compositivo o poético, imaginación, dotes actorales, el físico del rol adecuado a determinado personaje, etcétera.
- Los ensayos de la murga son puntos de encuentro nocturno entre muchas personas que tienden a volverse hinchas de esa murga y con frecuencia terminan integrando el imprescindible equipo de voluntarios que ayuda en la confección de los trajes, en el maquillaje y en la utilería. Mientras que un ensayo de rock suele ser un fenómeno de *garage*, la murga es un fenómeno de *club*, participativo y con alcance comunitario.
- Los recursos económicos pueden ser muy modestos: los tres instrumentos de percusión sumados cuestan menos que cualquiera de los instrumentos básicos de una banda roquera, y el aspecto visual se puede arreglar con material reciclado y creatividad.
- Siendo la murga un curioso procesador de músicas de cualquier procedencia, el entusiasmo de los integrantes no se limita a tal o cual estilo, a tal o cual ritmo.
- En la confección de los textos, la propia naturaleza del género empuja a observar, reflexionar, seleccionar y elaborar sobre vivencias propias y sobre temas de actualidad.

Los talleres fueron pruebas pioneras de "educación musical" basada en la murga. Este proceso se orientó según cánones muy distintos de los que rigen el torpe acercamiento a la música erudita que intentan, casi siempre en forma árida e inútil, los programas oficiales de enseñanza uruguayos (que en general ignoran la música popular propia). Los procesos y los resultados fueron disímiles: algunos talleristas se encontraron con situaciones que superaban sus peores expectativas, en la medida en que debieron trabajar con jóvenes con niveles de educación formal bajísimos o incluso nulos, con graves problemas de autoestima, dificultades prácticas (madres adolescentes, libertad condicional), y carencias graves que afectaban su capacidad para actuar en grupo y expresarse. Algunos talleres fueron fracasos rotundos y se desintegraron muy pronto. Otros dieron lugar a experiencias sumamente emotivas, como relata el murguista Guillermo Lamolle: *"Para algunos, enfrentarse con el texto escrito es tan complejo como para uno leer una partitura a primera vista. Pero al final lo leen. Y se pueden dar procesos mágicos a lo largo de los cuales la murga pasa a ser lo más importante de sus vidas. Eso pasa también -cabe aclararlo- en las murgas profesionales, con gente acostumbrada a leer y a comer todos los días. La necesidad de metas un poco más elevadas que 'la diaria' no es privativa de los sectores más carenciados, pero en ellos esas metas pueden ser tan lejanas que el taller (un lugar donde se los escucha, se los respeta, se los necesita) debe aparecérseles como una especie de sorpresa a contrapelo"* (Guillermo Lamolle, "El taller de murga en los barrios marginales", en Julio Brum ed., *Compartiendo la alegría de cantar... La experiencia de la Murga Joven en Montevideo*, 2001).

A partir de su trabajo en La Remurga que te Cantó, integrada por jóvenes de sectores marginales o excluidos, la psicóloga Beatriz Fernández Curbelo describe un emprendimiento en particular, destinado a *"fomentar la participación activa en el barrio y la relación con otros barrios en el intento de construir una identidad barrial"*. El contexto era de *"discriminación laboral ('no podemos decir dónde vivimos, si no no nos toman, pero ¿qué dirección dar?') [...]* Se planteó un ejercicio, que por tener un lado lúdico, no deja de ser muy serio: *'vendernos el barrio'*. Después de un comienzo muy difícil sin nada positivo para decir, pudimos ver que no todo era tan oscuro y se nos presentó el barrio desde otro lugar. Esta práctica concluyó con el surgimiento de la letra [del tramo final del espectáculo], hecho muy significativo para ellos, que comenzaban a dejar de verse como *'los malos de la película'*" (Fernández, "La Remurga que te Cantó", en Julio Brum, ob.cit.). Otra murga, bautizada La Menor, surgió en 1998 y sus integrantes eran menores internados con medidas de seguridad en los hogares dependientes del Instituto Técnico de Rehabilitación Juvenil del Instituto Nacional del Menor.

La expansión

Pocas veces casos como los descritos tuvieron continuidad más allá del período de duración de los talleres. Pero hubo murgas jóvenes que perduraron y, en total, la cantidad y el nivel creció en forma notable. Se promovieron actuaciones en cada barrio y en otros escenarios de la ciudad. En 1998 se realizó el primer Encuentro de Murga Joven, que se repite cada año a partir de entonces. Los encuentros -que por la afluencia de público desde el año 2001 se realizan en una cancha deportiva del club Defensor Sporting- representan la culminación anual del trabajo de los talleres. Durante una quincena, todas las noches el club se llena con unas dos mil personas que asisten a las presentaciones de las murgas jóvenes preseleccionadas. Se estableció un concurso con un criterio competitivo más sano que el del concurso oficial de carnaval (en lugar de un ganador hay cinco, sin jerarquización entre sí). Las dos veladas de la final del Encuentro se realizan en el Teatro de Verano (principal escenario del carnaval uruguayo), para un público de más de cinco mil personas cada noche. Luego, en carnaval, las mejores murgas jóvenes

recorren, junto con las "no jóvenes", escenarios especialmente preparados por la Intendencia. Hay casos de murgas jóvenes que llegan a unas cuarenta actuaciones por temporada.

Quien asista a cualquiera de estas veladas podrá observar el espíritu solidario y poco competitivo: es común que las murgas se dediquen las actuaciones unas a otras, y que los integrantes de una sean *fans* y recomienden con entusiasmo a su supuesta rival. El perfil del público es diferente del de los tablados carnavalescos: predominan los jóvenes, y se advierten allí similares actitudes, vestimentas y peinados que en los espectáculos de rock. En promedio, los textos son más directos, combativos, críticos y explícitos que en las murgas del carnaval oficial (donde el discurso "progresista" pierde fuerza porque recurre a las generalizaciones, los eufemismos y el empeño por lucir "poético"). Hay tantos ejemplos de frescura, ingenio, creatividad y coraje que una buena noche del Encuentro puede llegar a ser más enriquecedora que la mayoría de las presentaciones tradicionales. En este sentido, uno de los problemas que enfrenta el movimiento es la caza de talentos por parte de los directores de murgas consagradas. Más positivos son los casos de murgas jóvenes que se sintieron capacitadas para integrarse al carnaval oficial, aportándole un saludable impulso.

Al compenetrarse con las "reglas" básicas del género en un contexto donde la murga aparecía disociada de las connotaciones habituales de vulgaridad, provincianismo o entretenimiento para viejos, los integrantes de las murgas jóvenes y sus seguidores comenzaron a interesarse y a profundizar en los detalles y sutilezas del oficio. En el espectáculo presentado por la murga joven Queso Magro en 2002, un *sketch* consistía en imitaciones de cupleteros famosos de las grandes murgas, y se citaban nombres y características con la familiaridad con la que se hace referencia a jugadores de fútbol. Buena parte del público comprendía y se reía. Construir chistes que apelan a semejante grado de cultura murguística no hubiera sido siquiera pensable algunos años antes. Por otra parte, se advierte la tendencia a apegarse a las modalidades tradicionales de la murga. En efecto, en algunos casos es posible constatar, si no la recuperación total de la emisión vocal específica, el intento de acercarse a ella. Como esos jóvenes llegaron voluntariamente a la murga desde ámbitos no necesariamente murgueros, es natural que sientan interés en lo que el género tiene de específico. Esta recuperación de aspectos tradicionales no excluye un alto grado de experimentación (tendencia que puede considerarse una potencialidad inherente al género y no un rasgo de "ruptura").

En el Encuentro de 2002 participaron cuarenta y cinco murgas jóvenes, que suman, sólo entre los que suben al escenario, unos mil integrantes (poco menos de la milésima parte de la población de Montevideo, nueve veces más que la cantidad inicial de talleres hace siete años). Para el 2003 ya hay inscritas setenta y seis agrupaciones. En función de ese crecimiento explosivo, y ante la evidencia de que el cuerpo docente de la fase inicial del proyecto ya no alcanza a asesorar a las murgas jóvenes, el TUMP articuló con la Intendencia una iniciativa paralela: la realización de un curso especial de formación para treinta de los murguistas "jóvenes" más experimentados, con el fin de prepararlos para la docencia y el entrenamiento de murguistas más jóvenes aún.

El proyecto Murga Joven utilizó la murga como el soporte para un programa amplio de educación musical con bases participativas y una profunda incidencia en la vida de miles de personas, y operó también sobre la situación sociocultural del país (es decir, no sólo se propiciaron condiciones para que determinada manifestación se hiciera más frecuente y mejorara su calidad, sino que también se vio modificada su posición de prestigio, sus roles sociales y su desarrollo estilístico). Las dimensiones que asumió no estaban previstas por quienes lo concibieron, pero la orientación coincidió en gran medida con las aspiraciones originales. Murga Joven puede verse como una aplicación exitosa del principio, defendido por el ministro de Cultura brasileño Gilberto Gil, de un "*do-in*" cultural, y su ejemplo puede aportar elementos de evaluación en las discusiones sobre la posibilidad y la ética del dirigismo cultural. •



LA BÚSQUEDA DE LA LIBERTAD

por REP artista gráfico

La línea de la libertad, la que más feliz me hace, tiene muy poco que ver con la historieta. Dibujé miles de tiras, encerré decenas de miles de mis dibujos dentro de cuadrillos, podría decir que la historieta es lo que más satisfacciones de comunicación me dio. Pero la expresión es otra cosa. El cuadrillo asfixia a los personajes y a la composición, que encima de todo tienen que convivir con el insoportable globito. Así que no. La libertad (la búsqueda de la libertad) queda lejos de la historieta. Los dibujos sueltos se mueven en la hoja como en un colchón gigante, un ring interminable, el espacio-Steinberg donde el oxígeno está en el papel, punto y línea sobre el plano. Sin paredes ni muros, mis dibujos se equivocan más, y aciertan cuando me sorprenden. Repetir personajes es amasar y cocinar pan que se comerán los otros. La línea de la libertad es cerveza suelta, es una mujer fantasiosa, es un buen encuentro con el niño que me obligaron a olvidar. •



Miguel Rep (1961, San Isidro, Argentina) publica desde 1976. Sus dibujos aparecen diariamente en *Página/12* y semanalmente en *Veintitrés*. Obtuvo alrededor de 10 premios nacionales e internacionales. Sus cortos de animación fueron seleccionados en el Festival de Annecy, Francia. Lleva publicados una veintena de libros de su autoría. Expone desde 1980 permanentemente en el país y en el extranjero. Dictó cátedra teórica sobre el Noveno Arte en la Facultad de Humanidades de Mar del Plata, y prácticas de dibujo en diversos talleres. Lleva a cabo el programa radial "El holograma y la anchoa" en Resistencia (Chaco), en Santa Fe y en Mendoza, una vez al mes. Vive en Buenos Aires. Está por publicar su libro *Bellas Artes*.